

CUENTOS DE
HOFFMANN

COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes.

CUENTOS DE HOFFMANN

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Servet

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular
JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Scrío. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principado o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular
JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría
DR. P. VALLÉS, Pbro.
Pro-Scrío

23839

CUENTOS

DE

HOFFMANN

RELATADOS A LOS NIÑOS

POR

MANUEL VALLVÉ

CON ILUSTRACIONES DE

J. SEGRELLES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



CASA EDITORIAL ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

224X-142

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

INDICE

LA SEÑORITA DE SCUDÉRI

CAPÍTULO I.	9
» II.	15
» III.	23
» IV.	40
» V.	49

LOS MAESTROS CANTORES

I.—Los maestros cantores en el castillo de Wartburgo	57
II.—El secreto de Enrique Ofterdingen . .	61
III.—Lo que ocurrió a Enrique de Ofterdingen	64
IV.—La Condesa Matilde	71
V.—El Combate de Wartburgo.	75
VI.—El maestro Klingsohr llega a Eisenach.	79
VII.—Llegada de Nasias	84
VIII.—El maestro Klingsohr sale del castillo de Wartburgo.	89
IX.—Conclusión	96

LA ELECCIÓN DE UNA NOVIA

HISTORIA DE AVENTURAS INVERISÍMILES

CAPÍTULO I	101
» II.	107
» III.	109
» IV.	113
» V.	118

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

...y fué envuelto en una nube...	<i>Frontis</i>
...el desconocido dejó en manos de la criada un cofre- cillo.	12
¡Maldición!—exclamó Cardillac rugiendo.	44
La Señorita de Scudéri besó la mano del Monarca.	53
Diciendo estas palabras se llevó la mano a la espada.	66
...una piedra que esparció por la habitación una claridad parecida a la del sol.	82
...Enrique se convirtió en una espesa nube negra...	94
...mientras infinidad de fantasmas, parecidos a mi...	111
...y con extraordinario terror descubrió a Leonardo...	120

LA SEÑORITA DE SCUDÉRI

CAPÍTULO I

EN la calle de San Honorato estaba la casita habitada por la señorita de Scudéri, muy conocida por sus escritos y por el favor que le dispensaban el Rey Luis XIV, de Francia y su esposa la señora de Maintenón.

Un día de otoño de 1680, hacia la media noche, llamaron a dicha casita con tal rudeza, que el ruido resonó en todo el vestíbulo. Bautista, que en la modesta casa de la señorita de Scudéri servía, a la vez, de cocinero, de lacayo y de portero, estaba ausente, con permiso, para ir a su pueblo a la boda de su hermana; y la Martinière, doncella de la señorita de Scudéri, era la única que estaba despierta en la ca-

sa. Al oír llamar a la puerta con tanta fuerza, sintió gran miedo, recordando que estaba sola con su señora, y acudieron a su imaginación cuantas historias de robos y asesinatos, tan frecuentes entonces en París, corrían de boca en boca. No se decidía a abrir, pero redoblaron los golpes de tal suerte que, temblorosa, tomó una bujía, llegó al vestíbulo y oyó a través de la puerta una voz que exclamaba :

—¡Abrid, abrid en nombre de Jesucristo !

Tales palabras la tranquilizaron un poco, pues se dijo que los criminales no solían pronunciar el nombre de Jesucristo. Sin embargo, se acercó prudentemente a la puerta, abrió un ventanillo y fingiendo la voz preguntó quién llamaba con tanto escándalo. A la luz de la luna entrevió una alta figura cubierta por un gran sombrero y envuelta en una capa, y la pobre doncella, para asustar al desconocido, empezó a llamar a gritos a diversos personajes que no existían, pero en aquel momento el que estaba fuera le dijo :

—Es inútil que tratéis de asustarme, la Martinière, porque sé que estáis sola con vuestra

señora. Abridme, por favor, y no temáis nada. Es preciso que, en el acto, hable con vuestra señora. Se trata de salvar a un desgraciado cuyo honor y hasta su libertad y su vida dependen de la conversación que he de sostener con vuestra señora.

La Martinière oyendo estas palabras y los suspiros y gemidos que profería el desconocido, se sintió conmovida y yendo en busca de las llaves abrió. Entró el desconocido y la pobre doncella se asustó extraordinariamente al observar, a la luz de la bujía, que era un joven cuyo rostro estaba pálido como un muerto y que entre los pliegues de su justillo brillaba la empuñadura de un estilete.

Llevadme a donde está vuestra señora—exclamó el que acababa de entrar con voz que no admitía réplica.

La Martinière se asustó de nuevo y se dispuso a negar la entrada, pero el desconocido insistió y dirigió una feroz mirada a la pobre mujer, desenvainando al mismo tiempo su puñal.

—¡ Jesús !—exclamó la pobre. Y ensegui-

da, como oyera ruido en la calle, empezó a gritar:—¡ Socorro ! ¡ Socorro !

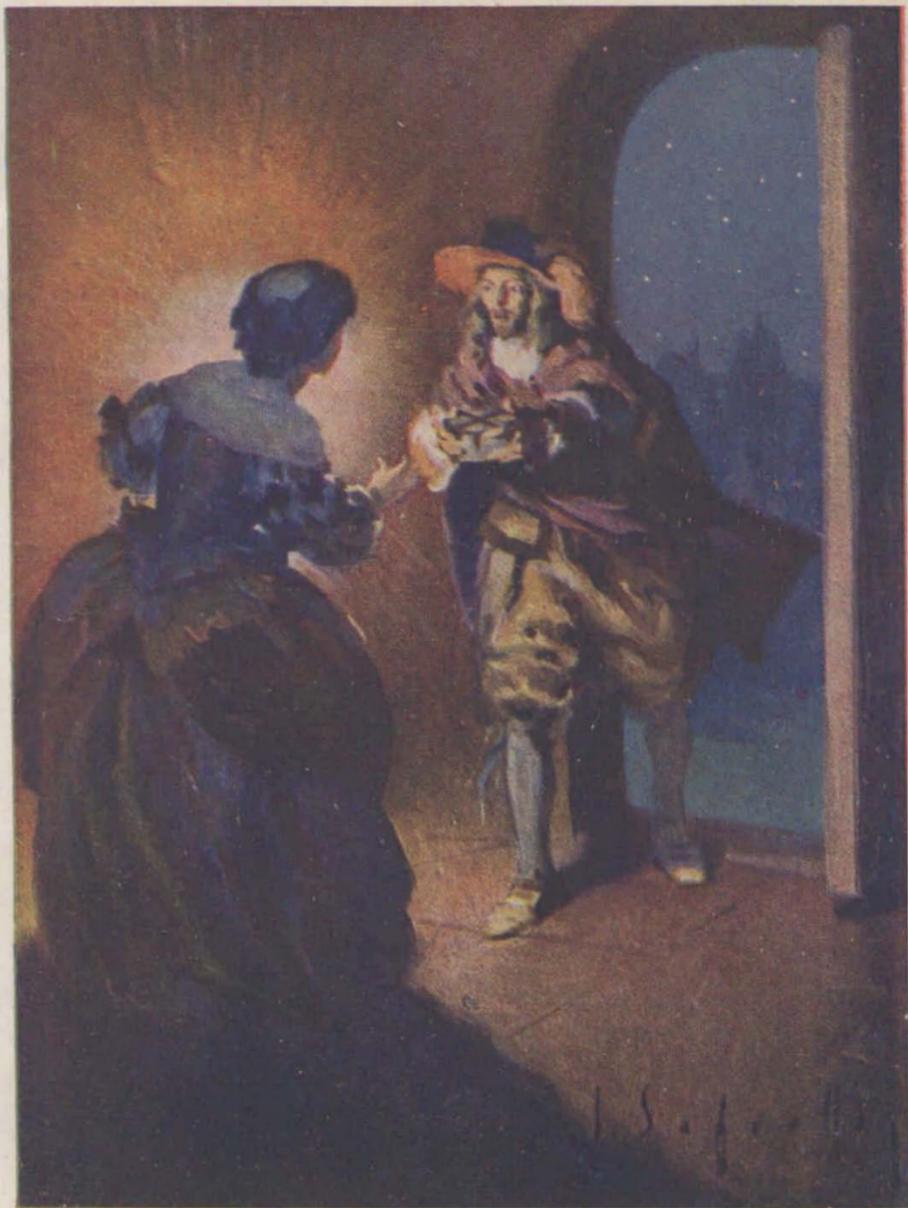
—¿ Quieres mi muerte, miserable?—exclamó el joven.—Pero, en fin, ya no hay remedio. Da esto a tú señora esta misma noche.

Diciendo tales palabras el desconocido dejó en manos de la criada un cofrecillo y sin esperar más se marchó apresuradamente.

La Martinière se cayó al suelo del susto y por unos momentos no acertó a moverse siquiera. Luego, recobrando al ánimo en parte, se dirigió a su habitación y se dejó caer en un sillón, incapaz de moverse y de pronunciar una palabra.

De pronto oyó girar la llave en la cerradura de la puerta de entrada y unos pasos quedos que se acercaban a su habitación. La pobre mujer tenía tanto miedo que no fué capaz de levantarse ni de dar un grito ; luego se abrió lentamente la puerta y a la luz de la lámpara la Martinière reconoció al honrado Bautista, cuyo rostro le pareció pálido como un sudario y extraordinariamente descompuesto.

—¡ En nombre de todos los santos !—ex-



..el desconocido dejó en manos de la criada un cofrecillo

clamó—¿qué ha pasado, dama Martinière? No sé por qué, pero ayer, cuando estaba bailando, un presentimiento me hizo abandonar la fiesta. Vine rápidamente proponiéndome llamar muy quedo a la puerta pensando que me oiría. Pero me sorprendió la ronda y al reconocerme el jefe me aconsejó que me metiera en seguida en casa, porque esta noche las calles no estaban seguras y esperaban hacer una buena presa. Luego vi que un hombre, envuelto en una capa, salía precipitadamente llevando un puñal en la mano. Me asusté, como es consiguiente, y entré muy alarmado. Decidme, pues, lo que ha ocurrido.

La Martinière, ya respuesta del susto, le refirió lo que había pasado y luego Bautista dijo :

—No hay duda de que esta noche se proponían robar y degollar a nuestra ama. ¡Gracias a Dios que no lo han logrado. Y en cuanto a este cofrecillo, creo que deberíamos echarlo al río. ¡Quién sabe si en él está escondida la muerte para nuestra querida señora!

Después de largas deliberaciones, los dos

fieles servidores resolvieron contarle todo a su señora a la mañana siguiente, y ya tranquilos, por el momento, se acostaron.

CAPÍTULO II

Eran muy fundados los temores de Bautista, porque, en aquella época, París era teatro de espantosos crímenes. Un farmacéutico alemán llamado Glazer, el mejor químico de su tiempo, se ocupaba en alquimia y buscaba la piedra filosofal; habíase asociado a un italiano llamado Exili, para quien el arte de fabricar oro no era más que un pretexto, pues lo que, realmente, buscaba era el modo de combinar las substancias venenosas de que Glazer se servía en sus operaciones. Llegó, por fin, a encontrar un veneno sin olor ni gusto, que mataba en el acto o en algún tiempo y sin dejar rastro, según la cantidad empleada. Por fin, sin embargo, fué descubierto y encerrado en la Bastilla y en la prisión adiestró a un capitán en el arte de hacer venenos. En cuanto fueron libertados, ambos se pusieron en rela-

ción con la señora de Brinvilliers y de acuerdo con ella empezaron a vender venenos tan terribles a todos los que se querían desembarazar de algún enemigo o de algún pariente rico, que muy pronto en la ciudad reinó el terror, porque la muerte de deslizaba como un fantasma por todas partes y quienquiera que gozaba de un buen empleo, o que tenía dinero que pudiesen heredar sus parientes, moría de un modo misterioso y rápido. Nadie se sentía seguro y fué tal el terror y el número de víctimas, cada vez mayor, que el Rey instituyó un tribunal especial, encargado de indagar y castigar tales crímenes. Este tribunal, conocido con el nombre de «Cámara Ardiente» lo presidía el señor de La Reynie el cual, a pesar de su celo y de sus esfuerzos, no pudo, al principio, cumplir la misión que se le había confiado.

Entretanto el azote crecía de un modo prodigioso. Una mujer llamada La Voisin, y que se dedicaba, en apariencia, a decir la buena ventura, vendía también venenos y muy pronto, entre los personajes de la corte comenzó la

muerte a hacer víctimas. Pero la «Cámara Ardiente» empezó a descubrir a los criminales y a castigarlos severamente.

Corría en la plaza de la Grève la sangre de los culpables y de los sospechosos, y los envenenamientos eran ya cada vez más raros cuando otro azote vino a atemorizar la ciudad. Una banda de ladrones parecía haberse empeñado en robar todas las joyas. Apenas se compraba un rico aderezo desaparecía de un modo misterioso, por muchas precauciones que se tomaran para impedirlo, y lo peor era que si alguien se atrevía a salir de noche llevando joyas encima, se le despojaba de ellas y a veces se le asesinaba en las calles oscuras. Los que se salvaron de tales robos contaban que, cuando menos lo esperaban, recibían un violento puñetazo en la cabeza que les hacía perder el sentido y que, al recobrarlo, ya no tenían las joyas y ellos habían sido transportados a un lugar distinto de donde fueran asaltados. Los cadáveres que se encontraban casi cada mañana en las calles o en el interior de las casas, tenían todos la misma herida, una

puñalada en el corazón tan bien dirigida que, según la opinión de los médicos, los desgraciados habían debido de caer sin poder pronunciar una palabra.

Y lo más notable del caso era que quien salía de noche llevando alguna joya era infaliblemente atacado y robado, como si los bandidos estuvieran informados de un modo extraordinario de los que las llevaban.

En vano el señor de La Reynie, valiéndose de un agente llamado Desgrais, que se había distinguido notablemente en el asunto de los venenos, hizo toda clase de pesquisas y prendió a toda suerte de personas sospechosas, porque no se halló ni rastro de los malhechores. Y lo más notable era que no se había vendido ni una de las joyas robadas. Desgrais estaba rabioso porque en cuanto se ponía de vigilancia en un barrio no ocurría nada en él, sino que los robos y asesinatos tenían lugar en otro distinto.

Una mañana Desgrais llegó a casa del presidente La Reynie, pálido y fuera de sí mismo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el presidente.

—¡Ah, monseñor, esta noche he visto una cosa extraordinaria! Figuráos que yo iba siguiendo al marqués de la Fare. De pronto a la distancia de treinta pasos, surgió un hombre como si lo hubiera vomitado la tierra, y en el acto se arrojó sobre el marqués. Yo di un grito y avancé para apoderarme de él, pero tuve la desgracia de caer enredándome en los pliegues de la capa y mientras tanto el asesino echó a correr. En el acto hice sonar el cuerno y me contestaron en seguida los pitos de los arqueros. Echamos a correr detrás del criminal...

—Y por fin lo cogisteis, ¿verdad?—interrumpió el presidente La Reynie.

—De ningún modo—contestó Desgrais— Todos veíamos al criminal correr ante nosotros, a la distancia de quince pasos, pero cuando ya creíamos haberlo cogido, el hombre dió un salto de lado en la sombra y desapareció a través de un muro.

—¡Estáis loco!—exclamó La Reynie.

—Llamadme loco, visionario y lo que queráis—contestó el agente,—pero ha ocurrido tal como os digo. Encendimos antorchas, golpeamos el muro por todas partes, pero no pudimos descubrir ni siquiera la huella de una puerta, ventana o abertura cualquiera. Es un muro de piedras de talla, unido a una casa habitada por personas de las que no es posible sospechar. Hoy he vuelto a examinarlo todo minuciosamente pero en vano porque no he podido encontrar nada.

La historia de Desgrais fué conocida muy pronto por la ciudad entera y el vulgo empezó a hacer suposiciones fantásticas, imaginando que los bandidos habrían hecho pacto con el diablo o poseerían maravillosas facultades. El relato de Desgrais fué transformado caprichosamente y el temor creció todavía más.

Se pidió al Rey que, para acabar con aquellos crímenes, facultase a La Reynie para emplear nuevos procedimientos de terror, pero el monarca, considerando que ya la «Cámara Ardiente» había abusado de su autoridad, no accedió a lo que se le pedía. Entonces, para

obligar al monarca a que otorgase mayores poderes a La Reynie, se recurrió a otro medio.

En el salón de la señora de Maintenon, donde el Rey acostumbraba pasar la tarde y trabajar a veces con sus ministros, hasta hora muy avanzada, le presentaron una poesía en la que los caballeros de la corte se quejaban de no poder salir por las noches y se apelaba al monarca para que combatiera a los asesinos, monstruos amenazadores que con todos se atrevían.

El Rey escuchó la poesía con visible satisfacción y volviéndose a la señora de Maintenon le preguntó qué opinaba. Esta, repuso que los caballeros no merecían ninguna protección cuando corrían por las calles en horas avanzadas de la noche, pero que los horribles crímenes pedían pronta venganza.

El Rey no quedó muy satisfecho de esta respuesta. Volvió el rostro y divisando a la señorita de Scudéri le mostró sonriente el poema y le dijo:

—Y vos señorita ¿qué pensáis de esta petición en verso?

La señorita de Scudéri se levantó respetuosamente y mientras el rubor teñía sus pálidas mejillas, se inclinó y con los ojos bajos, dijo :

—Creo, Señor, que un caballero que teme los ladrones no es digno de serlo.

—¡ Por San Dionisio que tenéis razón, señorita !—exclamó el Rey—. No debemos proteger a la cobardía ni dictar medidas especiales que puedan condenar a un inocente. Que cumplan todos con su deber.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, por la mañana, cuando la Martinière refería a su señora el suceso de la víspera, le describió con viva emoción todas las atrocidades que ocurrían en la ciudad y, temblorosa, le entregó el misterioso cofrecillo. Bautista estaba también en la habitación, gorra en mano y los dos criados rogaban a su señora que tomara las mayores precauciones para abrir el cofrecillo.

—No temáis nada—les dijo su señora.—
¿Qué interés ha de tener nadie en la muerte de una mujer de setenta y tres años como yo, y que no poseo ninguna riqueza?

Diciendo estas palabras la anciana señorita abrió el cofrecillo y ¿cuál no sería su sorpresa al ver que contenía dos brazaletes llenos de piedras preciosas y un collar no menos espléndido? En el fondo vió un billetito que des-

plegó tratando de hallar la explicación de aquel misterio y apenas lo hubo leído cuando cayó de entre sus temblorosas manos y ella se desplomó casi desvanecida en un sillón. Acudieron sus fieles servidores, mientras la anciana sollozaba, diciendo :

—¡ Oh, qué humillación y qué insulto !
¿ Por qué tendré que sufrir tal ofensa en mi ancianidad ? ¿ Por qué unas palabras que dije bromeando pueden ser interpretadas de tan cruel manera ?

La señorita de Scudéri lloraba desconsolada y sus criados no sabían como calmar su dolor. La Martinière cogió el billete y vió que decía :

» Un caballero que teme los ladrones no es digno de serlo. »

« Muy honorable señora : Vuestra perspicacia nos ha salvado de cruel persecución, a nosotros que ejercemos sobre la debilidad y la cobardía el derecho del más fuerte, al apoderarnos de tesoros que serían indignamente disipados. Dignáos recibir este aderezo como una prueba de nuestra gratitud. Es el más

valioso que desde hace tiempo ha caído en nuestras manos. Mereceriais, sin embargo, otro mejor y os rogamos que no nos retiréis vuestra amistad y vuestro gracioso recuerdo.

«LOS INVISIBLES»

—¿Es posible que se lleve tan lejos—exclamó la señorita de Scudéri—la impudencia y la burla?

Luego, un tanto calmada, fué a vestirse y ordenó que llevasen una silla de manos, porque quería ir inmediatamente a visitar a la señora de Maintenon.

Llevóse el cofrecillo y una vez introducida en las habitaciones de la marquesa, le refirió lo sucedido. Luego le entregó las joyas y la marquesa, tras haberlas examinado, se volvió hácia la señorita de Scudéri y le dijo:

—¿Sabéis, señorita, que este collar y este brazalete han sido hechos con toda seguridad por maese Renato Cardillac?

Éste era entonces el más hábil orfebre de París, y, al mismo tiempo, un hombre de carác-

ter raro. Era de corta estatura, pero fuerte y musculoso ; sus cabellos rojos y rizados le hacían parecer más joven, a pesar de contar ya unos cincuenta años. Era conocido en todo París como hombre honrado, franco, desinteresado, dispuesto siempre a prestar un servicio y muy hábil. Era un verdadero artista y aceptaba todo encargo con el mayor gusto fijando luego precios módicos. Se ponía a trabajar activamente y si, al terminar, no le gustaba el resultado, fundía nuevamente los metales y empezaba otra vez. Gracias a eso solamente salían de sus manos verdaderas obras de arte. Pero ahora viene lo raro y es que, terminado el trabajo, era casi imposible lograr que lo entregase. Con diversos pretextos despedía a sus clientes que, en vano, le ofrecían el doble de la suma convenida. Y cuando, por fin, se veía obligado a entregar las joyas, lo hacía maldiciéndose a sí mismo y manifestando pena extraordinaria por separarse de sus obras. Y, a veces, había llegado a maltratar de palabra y de obra a sus clien-

tes, a los que dirigía toda suerte de maldiciones.

Otras veces, después de haber aceptado el encargo con entusiasmo, iba al encuentro de su cliente, llorando e invocando a la Virgen, le rogaba que lo dispensara de él y era en vano que se le ofreciese una gran suma para disuadirlo de su propósito. En cierta ocasión se echó a los pies del Rey, implorando el favor de no verse obligado a trabajar en los encargos del monarca. Igualmente se negó a aceptar los de la señora de Maintenon.

—Lo mejor será—dijo la marquesa a la señorita de Scudéri—llamar a Renato de Cardillac para saber a quién entregó estas joyas.

Poco después entraba el artífice en el palacio y al ver a la señorita de Scudéri pareció impresionarse, como si no esperase su presencia allí. Luego se inclinó con respeto ante las dos señoras y cuando la marquesa le preguntó si aquellas joyas eran obra suya, contestó afirmativamente.

—Ya me lo figuraba yo—dijo la marquesa

—y ahora os ruego, maese que nos digáis para quién las hicistéis.

—Para mí solo—contestó Cardillac.—Tal vez lo encontraréis extraño, pero es así. Quise hacer una cosa a mi gusto, pero, poco después de terminar estas joyas, desaparecieron misteriosamente de mi casa.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó alegremente la señorita de Scudéri—y ahora, maese Renato, podéis entrar nuevamente en posesión de lo que os robaron.

Entonces le refirió de qué extraño modo habían llegado las joyas a su poder. Cardillac escuchaba con la mayor atención, como persona que está indecisa acerca de lo que debe hacer. Luego, cuando la anciana señorita hubo terminado su relato, tomó las joyas y arrojándose ante ella, le dijo:

—Estas joyas, noble y digna señorita, os las ha reservado la suerte. Ahora recuerdo que cuando trabajaba en ellas pensaba en vos. No os neguéis a aceptar y llevar este aderezo, el más hermoso que ha salido de mis manos.

—¡Estáis loco, maese Renato!—contestó

la señorita de Scudéri—¿Os figuráis que, a mis años, voy a ponerme tan espléndidas joyas?

—¡Por piedad, señorita, os ruego que no rechacéis este aderezo!

La señorita de Scudéri vacilaba todavía, pero la marquesa de Maintenon la obligó a que aceptase. Entonces Cardillac se echó a los pies de la venerable señorita, le besó las manos y, luego, levantándose, de pronto, salió de la estancia corriendo como un insensato y derribando una mesita cargada de porcelanas.

Las dos señoras se quedaron atónitas al observar aquella conducta y luego la señorita de Scudéri aseguró a la marquesa que, a pesar de todo, no usaría nunca aquellas joyas, y despidiéndose de la esposa del Rey regresó a su morada.

Transcurrieron muchos meses cuando un día, por casualidad, la señorita de Scudéri pasó por el Puente Nuevo, en la carroza de cristales de la duquesa de Montausier. Era tan reciente la invención de aquellos vehículos que cuando salía uno a la calle lo rodeaba

la multitud de curiosos. Aquel día los bobalicones reunidos en el Puente Nuevo rodeaban la carroza de la señora de Montausier tan numerosos, que impedían andar a los caballos. De pronto la señorita de Scudéri oyó gritos, injurias y maldiciones y divisó a un hombre que, a la fuerza, quería pasar a través de la multitud. Se acercó, por fin, a la carroza y la señorita de Scudéri vió la penetrante mirada de un joven de rostro pálido y triste. El joven la miró, a su vez, mientras se defendía de los curiosos que trataban de impedirle el paso. Luego, ya junto a la carroza, subió impetuosamente al estribo, arrojó un billete al interior y desapareció como había venido.

La Martinière al verlo junto a la puerta de la carroza, se desvaneció y en vano su señora daba tirones al cordón del cochero, porque éste azotó los caballos que partieron al galope. Mientras tanto la señorita de Scudéri prestó sus cuidados a la doncella y cuando la pobre mujer volvió en sí, dirigiéndose a su ama, le dijo :

—¡ En nombre de la Virgen ! ¿ qué quería

ese hombre? Es el mismo que me entregó el cofrecillo aquella noche espantosa.

La señorita de Scudéri tranquilizó lo mejor que pudo a su doncella, haciéndole observar que no había recibido ningún mal y abrió el billete para enterarse de su contenido, que era el siguiente :

«Funesto destino, que podéis evitar, me arroja al abismo. Como un hijo lo haría con su madre, os ruego encarecidamente que toméis el collar y los brazaletes que recibisteis de mí y los hagáis llevar a casa de maese Renato Cardillac, con el pretexto que os parezca mejor, como, por ejemplo, para hacer un cambio o una reparación. Vuestra tranquilidad y vuestra vida dependen de lo que os encargo. Si pasado mañana no le han sido entregadas estas joyas, penetraré en vuestra casa y me mataré ante vos»).

—Es evidente—dijo la señorita de Scudéri—que si este hombre pertenece a una sociedad de bandidos no intenta nada contra mí. Y, ocurra lo que ocurra, haré lo que me indica en este billete. Estoy segura, por otra parte,

que maese Renato ya no volverá a soltar esas joyas.

Al día siguiente la señorita de Scudéri se proponía hacer llevar las joyas a casa de Cardillac, pero no pareció sino que todo se conjuraba para impedirlo, porque se reunieron en su casa multitud de literatos que la distrajeran de su intento. Sin embargo, se sentía inquieta y, a veces, le parecía ver, de nuevo, al joven que le dirigiera tan extraño ruego. Pero pasó el día sin que pudiera atenderlo y a la mañana siguiente se hizo vestir y se dirigió con el cofrecillo a la vivienda del orfebre.

En la calle de San Nicasio estaba reunida la multitud delante de la casa de Cardillac, gritando, vociferando y amenazando con hundir la puerta. La fuerza pública apenas podía contener aquel tumulto y entre aquella agitación furiosa se oían voces que exclamaban:

—¡Matadlo, aplastad a ese asesino maldito!

El teniente Desgrais, de quien ya hemos hablado antes, avanzó en numerosa compa-

ña para abrirse paso a través de las filas compactas de la multitud. Luego se abrió la puerta y de la casa salió un hombre cargado de cadenas acogido por los gritos de furor del pueblo. En el mismo instante la señorita de Scudéri aterrada y sobrecogida por horroroso presentimiento oyó resonar un lamentable grito. Avanzó la carroza, deteniéndose a la puerta de Cardillac y entonces la señorita de Scudéri divisó a los pies de Desgrais una joven apenas vestida, con los cabellos sueltos, hermosísima y, al parecer, sumida en la mayor desesperación. Abrazaba las rodillas de Desgrais y con acento desgarrador exclamaba :

—¡ Es inocente, es inocente !

En vano Desgrais y sus hombres se esforzaban en que se levantara y que se alejara. Un hombre rudo y fuerte la cogió por una mano obligándola a alejarse y luego la soltó, de modo que la joven rodó hasta la parte inferior de la escalera de piedra y se quedó allá inerte.

La señorita de Scudéri no pudo contener-

se por más tiempo y decendiendo de la carroza, preguntó :

—¡ En nombre de Jesucristo ! ¿ qué ha sucedido ?

El pueblo se apartó respetuosamente ante la venerable dama y Desgrais, al verla, le contestó :

—Un crimen espantoso. Esta mañana Renato Cardillac ha sido hallado muerto de una puñalada. El asesino es su aprendiz Oliverio Brusson y nos lo llevamos al calabozo.

—Y esa joven ¿ quién és ?—preguntó la señorita de Scudéri.

—Es Magdalena, la hija de Cardillac y novia del asesino. Ahora llora y gime repitiendo que Oliverio es inocente. Pero como, sin duda, sabe lo ocurrido me la llevaré también a la Conserjería.

La joven empezaba a recobrar el sentido y la señorita de Scudéri, muy conmovida, la contemplaba y luego miraba a Desgrais y a los arqueros. De pronto la anciana tomó una resolución y dijo :

—Me llevo a la joven a mi casa, Desgrais. Vos encargáos de lo demás.

La multitud hizo oír un murmullo de aprobación y, ayudaba por varias mujeres, la joven Magdalena subió a la carroza de la señorita de Scudéri que se la llevó a su casa.

La pobre muchacha estaba desesperada y cuando, algunas horas más tarde, se hubo tranquilizado un tanto refirió a su bienhechora lo que sabía acerca de lo ocurrido.

A la media noche anterior fué despertada por algunos golpecitos dados a la puerta de su habitación y oyó la voz de Oliverio que le rogaba levantarse inmediatamente porque su padre estaba moribundo. Ella se levantó en el acto y guiada por el joven, que estaba pálido y cubierto de sudor, se dirigió con vacilantes pasos al taller y allí vió a su padre que estaba en la agonía. Se arrojó sobre él llorando y entonces observó que la camisa del moribundo estaba ensangrentada. Oliverio se ocupó en lavar y curar la herida que estaba en la parte izquierda del pecho. Mientras tanto Renato recobró el conocimiento y respiró mejor. En-

tonces les dirigió una mirada cariñosa y poniendo la mano de su hija en la de Oliverio, las oprimió con fuerza. Los dos muchachos cayeron de rodillas ante el moribundo, el cual, dando un grito agudo, cayó de espaldas exhalando el último suspiro.

Ambos, entonces, se echaron a llorar y luego Oliverio le contó cómo, yendo en compañía de Renato, aquella noche, el pobre orfebre fué asesinado ante él y que, con gran pena y trabajo, lo llevó a su casa pero sin creer que estuviese herido de muerte. Por la mañana los criados subieron y al ver el cadáver de su amo, creyeron que Oliverio era el asesino y muy pronto llegaron los arqueros y se apoderaron del joven.

Magdalena aprovechó la ocasión para poner de manifiesto las excelentes cualidades de su prometido, que siempre había sentido el mayor afecto por su maestro, el cual lo había elegido para yerno, y tan segura estaba la muchacha de la inocencia de su prometido que, según dijo, si hubiese visto por sus ojos que daba muerte a su padre, antes de creerlo cul-

pable se habría figurado que era una visión engañosa.

La señorita de Scudéri se sintió conmovida por el relato y, dispuesta a creer en la inocencia del pobre Oliverio, tomó algunos informes que confirmaron plenamente lo que le refiriera su protegida.

Oliverio fué llevado ante la Cámara Ardiente y con la mayor firmeza rechazó allí la acusación que se le dirigía. Afirmó que su maestro había sido asesinado en la calle delante de él, y que lo llevó a su casa casi muerto, declaración que concordaba completamente con la de Magdalena.

La señorita de Scudéri, siguió tomando informes y adquiriendo noticias acerca de aquel extraño suceso, y tuvo que confesarse, por fin, que, evidentemente, Oliverio era inocente, porque además de sus buenas condiciones que todo el mundo reconocía, no podía tener ningún móvil que lo indujera a cometer un asesinato, y, por consiguiente, resolvió salvarlo a toda costa.

Fué a visitar al presidente La Reynie, a

quien dió cuenta de cuanto había averiguado y, al mismo tiempo, manifestó su creencia de que el acusado era inocente, pero La Reynie, sonrió al oír tales palabras y dijo que, desgraciadamente, no había duda alguna de que el joven era el asesino, porqué según se desprendía de su declaración, Oliverio salió la noche del crimen en compañía de su maestro, pero siguiéndole, a la distancia de quince a veinte pasos. Y, al ser preguntado acerca de los motivos que tuviera el difunto para salir y también por qué no iba a su lado, en vez de andar siguiéndolo, contestó a todas estas observaciones que no podía decirlo.

Tales anomalías excitaron, naturalmente, la desconfianza de La Reynie, el cual añadió que había podido probarse que Cardillac no salió de su casa la noche del crimen, pues hubo vecinos que le vieron cerrar la puerta a la hora de costumbre y que podían jurar que no volvió a abrirse. Además el señor de La Reynie sospechaba que Oliverio Brusson fuese el autor de todos los asesinatos y robos que hasta en-

tonces habían ocurrido, porque desde que estaba preso cesaron tales crímenes.

A pesar de todo cuanto decía el magistrado, la señorita de Scudéri no abandonaba su convicción de que el joven era inocente y para ver si podía descubrir algún dato interesante, solicitó que le permitieran visitarlo en su prisión. La Reynie le otorgó lo que pedía y poco después la bondadosa dama llegaba a la Conserjería, donde, en obediencia a la orden escrita que llevaba, condujeron el preso a su presencia. Pero en el momento en que éste apareció en el umbral de la puerta, le señorita de Scudéri cayó desmayada y al recobrar el sentido ya no estaba el preso. Ella se marchó inmediatamente porque a la primera mirada reconoció en Oliverio Brusson al joven que en el Puente Nuevo le entregó el billete que ya conocemos y que, según el testimonio de la Martinière, había llevado, también, el cofrecillo de joyas a su casa.

CAPÍTULO. V

La señorita de Scudéri regresó a su casa convencida de la culpabilidad de Oliverio y el resto del día lo pasó sumamente apenada y sin atreverse a hablar del asunto con la pobre Magdalena.

Algunas horas más tarde de su visita a la Conserjería se presentó el teniente Desgrais solicitando hablar con ella. Fue introducido inmediatamente a su presencia y después de hacer una reverencia a la señora de la casa, dijo :

—El señor de La Reynie os ruega, por mi conducto, conociendo vuestra extremada bondad, que consistáis en ayudar a la justicia para poner en claro un gran crimen. Desde que os vió Oliverio Brusson parece loco. Antes se manifestaba dispuesto a confesar, pero ahora se niega terminantemente a ello y jura que, aun-

que es inocente de la muerte de Cardillac, tan sólo os confesará a vos la verdad de lo ocurrido.

La señorita de Scudéri sintió gran sobresalto al conocer esta nueva y desde luego se negó a visitar al acusado, pero Desgrais insistió de tal manera, advirtiéndole, además, que para no molestarla, le llevarían el preso a su casa aquella misma noche, que, por último, consintió.

Dos horas más tarde se detuvo una carroza a la puerta de la casa y a los pocos momentos Oliverio Brusson era llevado ante la señorita de Scudéri.

Esta hizo un movimiento de terror, pero, dominándose, preguntó al joven :

—¿Qué tenéis que decirme, Oliverio?

—Os ruego, señorita—dijo el joven—que me escuchéis pacientemente, aunque os cause mucho horror el descubrimiento de un secreto que no sospecháis siquiera. En temprana edad fuí empleado por mis padres en un taller de orfebrería y aunque era muy mal tratado hice tales progresos que muy pronto aventajé

a mi maestro. Un día entró en nuestro taller un desconocido a comprar algunas joyas y examinando un trabajo de cincelado que yo terminaba, me aconsejó que fuese a perfeccionarme en el taller de Renato Cardillac, de París, el mejor de cuantos orfebres había conocido. Tales palabras me impresionaron mucho y al poco tiempo, pude abandonar mi empleo y fuí a solicitarlo del maestro Cardillac.

Este me pidió una muestra de mi trabajo y habiéndole gustado me tomó a su servicio añadiendo que estaría contento en su casa.

En efecto así fué pero, advirtiendo la inclinación que su hija Magdalena y yo sentíamos el uno por el otro, vino un día irritado hacia mí y me echó de su casa advirtiéndome que no debía pensar más en Magdalena.

Muy apenado salí de aquella casa, pero a la noche siguiente fuí a rondar ante ella con la esperanza de que podría ver a mi amada. A la casa de Cardillac, en la calle de San Nicasio, está unido un alto muro, en el cual hay varias hornacinas y en ellas algunas estatuas mutiladas. Yo me hallaba cerca de una de tales

estátuas y miraba hácia las ventanas de la casa que daban al patio. De pronto vi una luz en el taller de Cardillac y como ya eran las doce de la noche, hora en que mi maestro solía estar acostado, el hecho me llamó la atención. Luego desapareció la luz y yo, asustado, retrocedí contra la estatua pero, en aquel momento, me sobresalté más todavía al sentir en la piedra un movimiento opuesto al mío, como si la misma estatua se animase. Vi cómo giraba lentamente el pedestal y detrás de la estatua apareció un rostro sombrío que, con paso ligero, avanzó por la calle. Luego la estatua volvió a su inmovilidad y a la misma posición en que antes se hallaba. Llegó junto a la imagen de la Virgen y a la luz de la lamparilla que allí había reconocí a Cardillac. Sin saber casi lo que hacía continué en seguimiento de mi maestro, cuando, de pronto, observé que se había escondido en el hueco de una puerta. Yo me preguntaba qué se propondría hacer y después de unos instantes llegó, cantando, un hombre que llevaba un sombrero con penacho de plumas y sonoras espuelas. Como un

tigre que salta sobre su presa, Cardillac se precipitó sobre aquel hombre, quien, dando un grito de agonía, cayó al suelo. Yo acudí aterrado en el momento en que Cardillac estaba inclinado sobre el inanimado cuerpo de aquel desgraciado.

—¿Qué hacéis, maese Cardillac? pregunté en alta voz.

—¡Maldición!—exclamó Cardillac rugiendo.

Y en seguida dió un salto y se alejó perdiéndose en la noche. En cuanto a mí me incliné sobre la víctima, tratando de descubrir algún indicio de vida, pero fué inútil. Llegó entonces la ronda y al verme junto al cadáver me preguntó quién era yo. Felizmente me reconocieron y no abrigaron sospecha alguna. Les referí lo sucedido, pero sin revelar el nombre del asesino y poco después me marché a mi casa en donde no pude dormir en toda la noche.

A la mañana siguiente se abrió la puerta de mi habitación y apareció Renato Cardillac. Asustado le pregunté qué quería de mí, pero él, sonriendo beatíficamente, se sentó a mi lado y muy cariñoso me dijo que me necesitaba



— ¡Maldición! — exclamó Cardillac rugiendo.

en su casa porque apenas podía trabajar sin mí. Me pidió mil perdones por haberme ofendido y añadió que no opondría inconveniente alguno en tenerme por yerno.

Primero yo protesté indignado pero tantas cosas supo decir acerca del amor que me profesaba su hija, que ¡Dios me perdone! no sé cómo fué, pero me encontré de nuevo en casa de Cardillac, en donde Magdalena me recibió con extraordinario júbilo.

—¿De modo—interrumpió la señorita de Scudéri—que Renato Cardillac pertenecía a esa infame banda de asesinos? Jamás lo hubiera creído.

—Nunca existió tal banda—contestó Oliverio. El único asesino era Cardillac y precisamente por eso era más difícil descubrirlo. Pero permitidme continuar. Yo llevaba una vida muy desagradable, porque a mí mismo me repetía que mi silencio era casi complicidad. Pero ¿cómo resolverme a revelar lo que sabía, si ello había de matar a mi querida Magdalena?

Un día Cardillac sintió la necesidad de franquearse conmigo y entonces me reveló que sen-

tía tal pasión por las joyas y las piedras preciosas, que no podía resolverse a separarse de las riquezas en que trabajaba. Primero había empezado robando, pero luego, no bastándole este expediente, se hizo asesino. El azar le hizo descubrir un paso secreto, cuya salida disimulaba la estatua del muro a que antes aludí y tal circunstancia fué la que le ayudó a que sus crímenes no fueran descubiertos. Luego me mostró su tesoro, que tenía oculto en el sótano de la casa, y os puedo asegurar, señora, que el Rey no lo tiene más rico.

Una noche Renato vino más contento que de costumbre y refirió que, en el palacio, el Rey os preguntó acerca de la conveniencia de proteger a los caballeros de la corte, en sus salidas nocturnas y que vos le contestasteis que, un caballero que teme a los ladrones no es digno de serlo. Luego me dijo que sentía por vos la mayor veneración y que pensaba mandaros un aderezo que acababa de terminar y que era su obra maestra. Me encargó llevaros el obsequio y yo, tratándose de vos, a quien siempre he respetado y querido,

no tuve inconveniente en acceder. Ya sabéis cómo cumplí el encargo pero, lo que ignoráis, es que, pocos días más tarde, observé que mi maestro estaba malhumorado y por algunas palabras que se le escaparon comprendí que lamentaba haberos regalado las joyas. Temí que intentase asesinaros y por esta razón os avisé por medio del billete que arrojé al interior de vuestra carroza. Desgraciadamente vos no le devolvistéis las joyas al día siguiente y, cuando llegó la noche, él se dispuso a salir y yo hice lo mismo, saltando por una ventana, con objeto de impedir vuestra muerte. Seguí a Cardillac y de pronto vi que se escondía en el hueco de una puerta. A los pocos momentos se oyeron pasos y apareció un oficial. Cardillac se arrojó sobre él como solía y yo acudí para impedir el asesinato. Pero aquella vez no fué el oficial quien cayó, sino Cardillac que se desplomó dando un grito.

Inmediatamente me acerqué al herido y con grandes trabajos lo llevé a su casa, entrando por el paso secreto. El resto ya lo sa-

béis, señora, y, como véis, mi crimen es únicamente el de no haber denunciado al padre de Magdalena, y tampoco quiero hacerlo ahora mismo, aunque deba perder la vida en cambio. No quiero que llore a un padre criminal.

Oliverio se calló y echándose luego a los pies de la señorita de Scudéri, exclamó:

—Espero que ahora estaréis ya convencida de mi inocencia y, si os apiadáis de mí, os ruego que me digáis qué ha sido de Magdalena.

La señorita de Scudéri llamó a la Martinière y pocos momentos después Magdalena se hallaba en presencia de Oliverio. Pero había llegado la hora de que el joven volviera a su prisión y con gran pesar de éste y de las dos mujeres, tuvieron que despedirse.

CAPÍTULO V (5)

La señorita de Scudéri, convencida ya de la inocencia de Oliverio, reflexionaba profundamente acerca de los medios de que se valdría para libertarlo. Luchaba con la dificultad de que el joven no quería confesar públicamente lo que acababa de decirle a ella, para evitar que llegara a conocimiento de Magdalena la criminal conducta de su padre.

Por fin se resolvió y fué a consultar a uno de los mejores abogados de París, a quien refirió todo lo que le fué posible sin violar el secreto de Brusson, pero el sabio abogado le demostró que sin una confesión total del acusado era completamente imposible probar su inocencia.

De regreso a su casa la anciana dama estaba muy apesadumbrada en su estancia cuando su doncella le anunció la visita del conde

de Miossens, coronel de la guardia del Rey, que deseaba hablar inmediatamente con ella.

—Perdonad, señorita—dijo al entrar y saludando respetuosamente — si me presento ante vos, pero deseo hablaros de algo relacionado con vuestro protegido. Vengo a decirros que Oliverio Brusson es inocente de la muerte de Cardillac.

—¿Tenéis pruebas de ello?—exclamó la señorita de Scudéri.

—Así es—dijo el conde—porque yo fui quien mató al viejo orfebre en la calle de San Honorato.

—¿Vos?

—Sí y estoy orgulloso de ello. Sabed que Cardillac era un hipócrita y un asesino. Sospeché de él cuando me entregó una joya que le había encargado y cuando supe que, por medio de mi criado, se informaba del itinerario que yo había de seguir aquella noche. Entonces tomé una sencilla precaución, y fué la de ponerme una ligera coraza debajo de mi jubón. Como lo esperaba fuí atacado por el joyero y como fa-

lló su golpe, yo pude, a mi vez, matarlo de una puñalada.

Imposible sería describir la alegría de la señorita de Scudéri al escuchar semejante revelación. Inmediatamente fué a ponerse de acuerdo con el abogado a quien antes consultara, el cual habló también con el conde. Luego aconsejó a la señorita de Scudéri que fuese a suplicar al rey el perdón de Oliverio, porque si bien era inocente de todos aquellos crímenes, la Cámara Ardiente podría perseguirlo como cómplice.

Ni corta ni perezosa la señorita de Scudéri se dirigió a palacio y al encontrarse delante del monarca le refirió, sin ocultarle nada, la historia de Oliverio, solicitando el perdón.

El rey escuchó con la mayor atención y luego despidió a la anciana dama sin hacerle promesa alguna.

Esta regresó a su casa muy triste, figurándose que no había podido convencer al monarca, pero pronto observó que pasaban los días sin que a Oliverio le aplicasen la tortura, y eso le dió alguna esperanza. Luego supo que el Rey

mandó practicar un registro en la casa de Cardillac y que, finalmente, Brusson fué sometido a interrogatorios especiales.

Por fin un día recibió el aviso de que el Rey quería hablarle y ella se apresuró a presentarse al monarca.

La buena anciana estaba temblorosa cuando el Rey la saludó cariñosamente y luego observando su ansiedad le dijo alegremente :

—No estéis apenada por más tiempo, señorita de Scudéri, porque vuestro protegido está ya en libertad.

La protectora de Oliverio dió un grito de alegría y se echó a los pies del monarca para darle las gracias. Luís XIV la obligó a levantarse.

—Os aseguro, señorita, que debieráis ser abogado en el parlamento y defender mis derechos, porque, por San Dionisio, os juro que nadie es capaz de resistir vuestra elocuencia. Ahora—añadió—haréis entregar de mi parte a vuestra protegida Magdalena mil luises para que se case con su Oliverio y los dos vayan

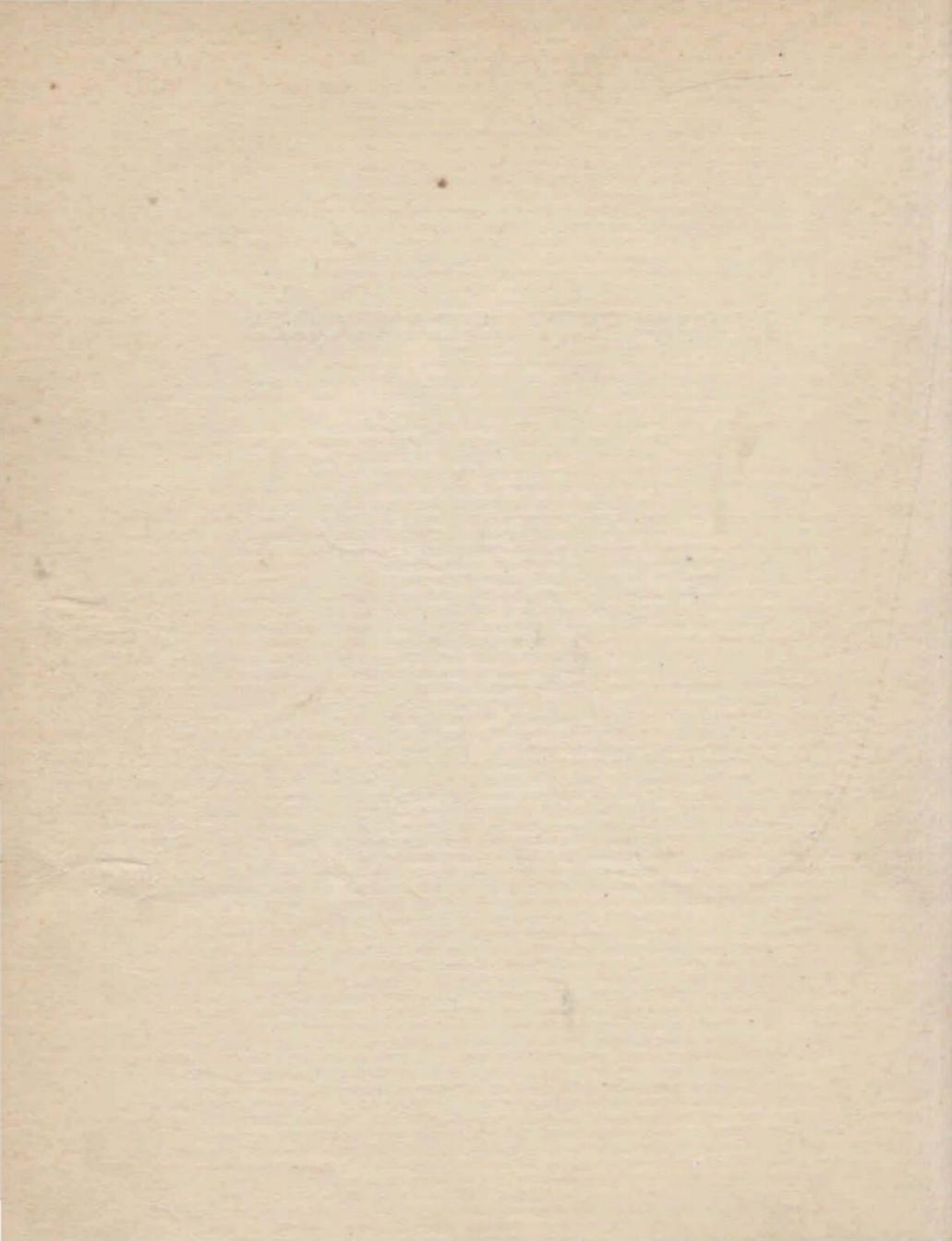
a fijar su residencia lejos de París. Tal es mi voluntad.

La señorita de Scudéri besó la mano del monarca y se apresuró a dirigirse a su casa, en donde ya la aguardaban Oliverio y Magdalena, locos de alegría. La señorita de Scudéri tuvo que resignarse a recibir las innumerables muestras de gratitud de la enamorada pareja, que pocos días después contrajo matrimonio. Luego, obedeciendo la orden del monarca, fueron a establecerse en Ginebra, en donde Oliverio, gracias al dote de su mujer y a su habilidad en el oficio, consiguió labrarse una posición envidiable.

Algunos meses más tarde se publicó la noticia de que un gran pecador atormentado por los remordimientos, bajo el secreto de confesión había devuelto multitud de joyas robadas y se avisaba a los que hubieran sido objeto de algún atentado, que podían recoger lo que les arrebataran siempre y cuando describiesen exactamente las joyas que reclamasen. Y como muchos habían sido solamente atontados de un puñetazo pudieron, de esta manera, re-

cobrar las piedras preciosas y el oro que hasta entonces habían considerado perdidos para siempre.

LOS MAESTROS CANTORES



LOS MAESTROS CANTORES

CAPÍTULO I

LOS MAESTROS CANTORES EN EL CASTILLO DE WARTBURGO

HACIA el año 1208 el noble Landgrave de Turingia, celoso amigo y decidido protector del admirable arte de los cantores, había reunido en su corte a seis ilustres maestros. Estos eran Wolfframb de Eschenbach, Walther de Vogelweid, Reyhard de Zweckstein, Enrique Schreiber, Juan Bitterolff, todos de la orden de los caballeros, y Enrique de Ofterdingen, burgués de Eisenach. Todos ellos vivían en grande amistad y tierna unión, como sacerdotes de un mismo culto, y todos

sus esfuerzos tendían a cultivar la noble poesía, el mayor don que el cielo ha hecho a los hombres. Cada uno tenía, naturalmente, su carácter particular, pero así como cada nota tiene un sonido distinto y los tonos diversos de un mismo acorde resuenan juntos de un modo agradable, también se acordaban armoniosamente los diferentes caracteres de los maestros y parecían los rayos de una misma estrella. Ninguno de ellos consideraba su propio talento como el mejor, todos se hacían justicia y pensaban que su canto no produciría tanto efecto si se hacía oír uno sin otro.

Wolfframb de Eschenbach había nacido en Suiza; sus dulces y límpidas canciones se parecían al cielo puro y azulado de su país; y sus versos resonaban como las campanitas del rebaño y las flautas de los pastores. Desde su infancia se había dedicado al arte del canto y cuando llegó a la adolescencia recorrió muchos países, hasta que encontró un maestro célebre llamado Friedebrand. Este le dió preciosas lecciones y le comunicó gran número de poesías que alumbraron su inteligencia, inculcándole

una idea precisa de lo que hasta entonces no había hecho más que entrever. Friedebrand le enseñó, también, algunas historias que Wolframb puso en verso, especialmente las de Gamuret y de su hijo Parsifal, del margrave Guillermo y del fuerte Renewart. Estas historias fueron reproducidas más tarde en rimas alemanas por Ulrico de Turckheim a ruegos de personas distinguidas que no comprendían fácilmente los cantos de Eschenbach.

Gracias a su talento Wolfframb adquirió gran reputación y obtuvo el favor de muchos príncipes y señores. Visitó numerosas cortes y por fin el landgrave. Hermann de Turingia, que lo oyó alabar en todas partes, lo llamó a su corte. Allí el poeta ganó pronto el afecto del landgrave no sólo gracias a sus versos, sino que, también, por su modestia y su buen carácter; y Enrique de Ofterdingen que había gozado del favor ducal en todo su apogeo, se vió entonces un poco olvidado. Sin embargo, ninguno de los maestros testimoniaba a Wolfframb de Eschenbach mayor efecto que Enrique de Ofterdingen. El primero correspondió a aquella amistad y a

partir de entonces los dos estuvieron estrechamente unidos mientras los otros maestros los rodeaban como hermosa y riente aureola.

CAPÍTULO II

EL SECRETO DE

ENRIQUE DE OFTERDINGEN

La inquietud y la agitación de Ofterdingen aumentaban cada día. Su mirada se hacía más sombría y su rostro se ponía más pálido. Desde entonces sus canciones sólo se referían a los dolores de la vida terrestre y todos creían que era víctima de un amor desgraciado, pero fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para conocer su secreto.

Poco tiempo después Enrique de Ofterdingen, verdaderamente enfermo, abandonó Wartburgo y se fué a Eisenach. Sus compañeros se entristecieron al ver su estado, pero Wolframb de Eschenbach creyó precisamente que por ser, desde entonces física la enfermedad del poeta, se acercaba a su total curación.

Wolfframb marchó también a Eisenach y al entrar en la habitación de su amigo lo encontró tendido en el lecho y con los ojos casi cerrados. Colgada de la pared un laúd cuyas cuerdas estaban rotas. Cuando el enfermo vió a su amigo se incorporó penosamente y le tendió la mano. Wolfframb se sentó a su lado, le transmitió los saludos cariñosos del landgrave y de los maestros y añadió a todo eso palabras de consuelo.

—Me han sucedido muy extrañas cosas— contestó Enrique.—Tal vez me he conducido mal con vosotros y creáis que tengo una pena secreta que me agita y me tortura. Mi situación miserable ha sido un secreto para mí mismo. Violento dolor me desgarraba el alma y no podía penetrar la causa, pero ahora ya sé que mi mal no es otro que el haberme sentido subyugado por la belleza y las virtudes de la condesa Matilde, la hermosa y joven viuda del anciano conde Cuno de Falkenstein, estrella de la corte del duque. Y como estoy persuadido de que nunca podré ser amado de tan celestial mujer, prefiero ir a morir a otra parte y renun-

ciar a ella. Sé que tú también la amas y que ella te corresponde y por eso no me verás en Wartburgo.

Wolfframb le dirigió algunas palabras de consuelo y de aliento pero Enrique no le hizo ningún caso. Luego el primero se alejó y Ofterdingen se quedó en Eisenach.

CAPÍTULO III

LO QUE OCURRIÓ A
ENRIQUE DE OFTERDINGEN

El pobre enamorado trató más de una vez de volver a Wartburgo pero cuando ya divisaba la distancia las torres del castillo decíase que no podría ser correspondido en su pasión y retirándose a su solitaria estancia entonaba canciones melancólicas que lo sumían en mayor duelo.

Durante algún tiempo se esforzó en no volver a Wartburgo. Un día, sin saber cómo, se encontró en el bosque vecino del castillo y de pronto se le aparecieron las murallas. Se echó sobre la hierba y luchando contra sus pensamientos dolorosos se abandonó a ensueños de esperanza.

El sol había ya desaparecido detrás de las

montañas. Brillaba la luna en medio de un círculo de nubes sombrías y el viento de la noche silbaba en las ramas y agitaba las hojas de los árboles. Las aves nocturnas salían de sus nidos profiriendo roncós gritos y los arroyos del bosque hacían un ruido más intenso que durante el día. De pronto se oyó vibrar un canto en el aire.

Enrique se levantó precipitadamente, recordando a los maestros cantores que en aquel momento repetían sus cánticos piadosos. Y el poeta tomó su laúd y entonó el canto más hermoso que había compuesto en su vida entera.

Calmóse el viento y cesaron de suspirar las ramas y el follaje. Las melodías del joven poeta penetraron en el profundo silencio en el bosque y cuando iba a terminar en un menlancólico suspiro de amor, oyó a su espalda una risa estridente. Volvióse asustado y divisó una figura alta y sombría que en voz discordante e irónica le dijo :

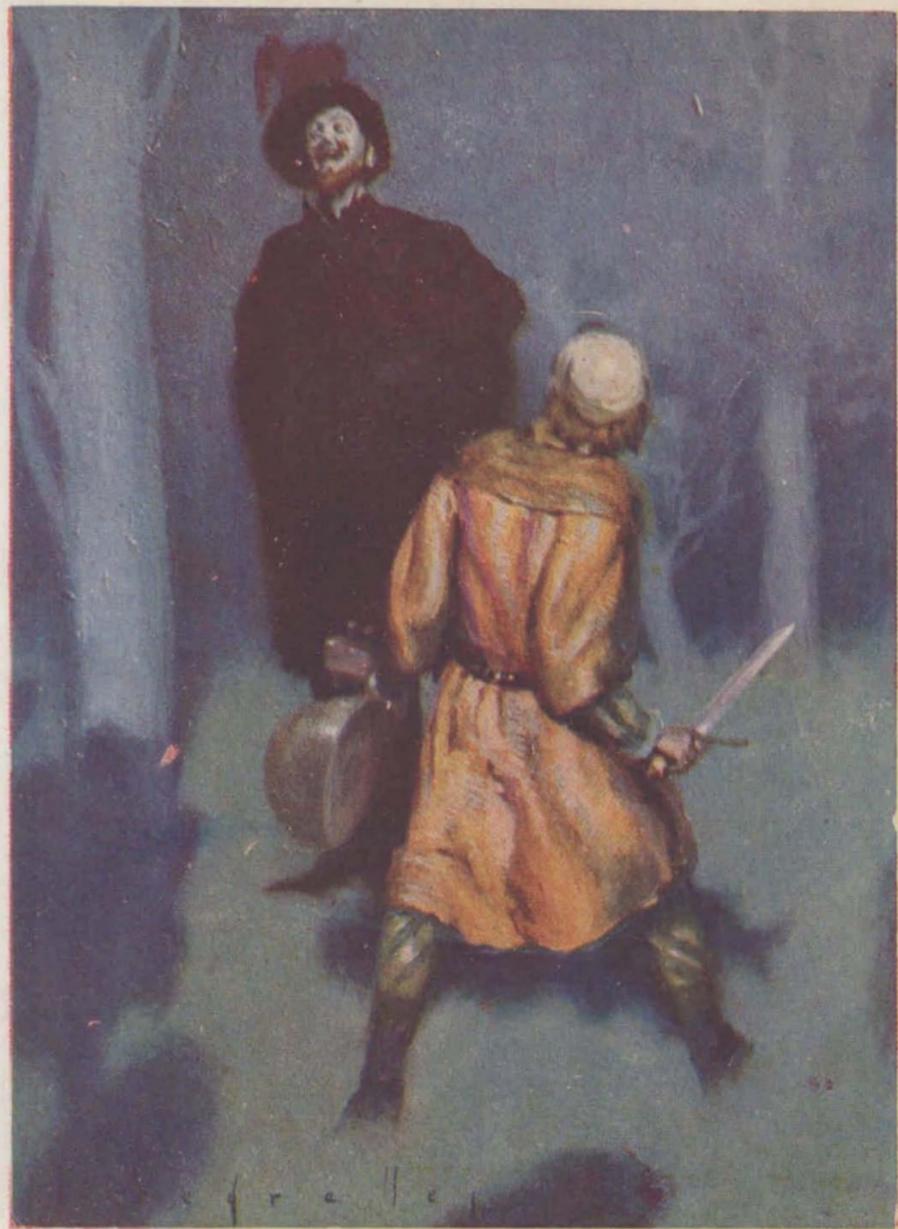
—Muchas vueltas he dado en el bosque para encontrar a quien canta estas hermosas canciones en la obscuridad. ¿Sois Enrique de Of-

terdingen? Habría debido reconocerlo en seguida porque, sin duda, sois el peor de los pretendidos maestros de Wartburgo y esta tonta canción desprovista de pensamientos y de armonía no podía salir más que de vuestra boca.

—¿Quién sois vos—exclamó Enrique encolerizado y asustado a un tiempo—que me conocéis y creéis tener derecho de injuriarme?

Diciendo estas palabras se llevó la mano a la espada, pero el hombre negro soltó estridente carcajada y a la luz de un rayo de la luna Osterdingen descubrió sus ojos brillantes, un rostro pálido, las mejillas colgantes, la barba roja y puntiaguda, la boca contraída por una carcajada que más parecía mueca, y el cuerpo vestido con un rico traje negro y cubierta la cabeza por un sombrero adornado de plumas.

—Vamos, joven amigo—dijo el desconocido—supongo que no vais a emplear la espada contra mí porque critico vuestros versos; ya sé que vosotros, los cantores, no podéis sufrir la crítica y pretendéis que, con razón o sin ella, se admiren vuestras obras. Pero, precisa-



Diciendo estas palabras se llevó la mano a la espada...

mente, porque os digo con franqueza lo que pienso y me atrevo a declarar que no sois más que un mediano alumno en el noble arte del canto, deberiais ver que soy vuestro verdadero amigo y que me animan buenas intenciones con respecto a vos.

—¿Cómo he de creer todo esto si no os conozco?—replicó Enrique.

Sin contestar a tal pregunta el desconocido añadió :

—Este es un sitio delicioso, la noche es hermosa y quiero sentarme junto a vos, a la luz de la luna, y ya que no volvéis a Eisenach podremos hablar. Escuchad mis palabras porque os serán útiles.

El misterioso personaje se sentó junto a Ofterdingen sobre una gran piedra cubierta de musgo. Luego se inclinó hacia su compañero y murmuró a su oído :

—Vengo de Wartburgo y he oído las triviales canciones de los pretendidos maestros ; pero la condesa Matilde es la más dulce y encantadora criatura del mundo.

—¡ Matilde !—exclamó Ofterdingen dolorosamente.

—¡ Hola, eso os preocupa ! Pero hablemos de cosas serias y elevadas, es decir, del arte del canto. Es posible que vosotros, los maestros, tengáis buenas intenciones, pero carecéis de la menor idea del verdadero arte y ya veréis vos mismo cómo, siguiendo el camino en que os habéis aventurado, no llegaríais nunca a conseguir vuestro objeto.

El hombre negro empezó entonces a alabar la verdadera poesía en términos singulares que parecían extrañas melodías. A medida que hablaba sucedíanse las imágenes rápidamente en el alma de Enrique, y se desvanecían como al soplo del huracán ; parecíale que un mundo nuevo se desarrollaba a sus ojos y cada palabra del desconocido era para él un rayo brillante y fugitivo.

—No sé—dijo luego Enrique—qué desconocido sentimiento despiertan en mí vuestras palabras. Me parece que ahora comprendo por vez primera la idea del canto ; todo cuanto estimé y busqué hasta ahora es mezquino y delez-

nable. Sois, ciertamente, un gran maestro y os ruego que me admitáis por discípulo, prometiéndos que, bajo vuestra dirección, estudiaré con celo y asiduidad.

El desconocido soltó otra de sus carcajadas y contestó :

—Es posible que yo sea un gran maestro, —pero no puedo daros lecciones.—Sólo os daré algunos consejos. ¿Habéis oído hablar, alguna vez, de un maestro cantor, versado en todas las ciencias y llamado Klingsohr? El pueblo dice que es un gran nigromante y que está en relaciones con un sér que en ninguna parte se ve con gusto. Pero no os dejéis engañar por estos relatos. Todo parece sobrenatural para el vulgo. El maestro Klingsohr os enseñará el camino que debéis seguir. Vive en Hungría; id a su encuentro y de él aprenderéis todo lo que el arte y la ciencia pueden dar a los hombres, es decir, honores y riquezas. Sí, joven, si Klingsohr estuviera aquí sabría quitar al tierno Wolfframb a su amada, la condesa Matilde.

—¿Por qué pronunciáis este nombre?— exclamó Enrique.

—Bah, no os preocupéis por eso. Levantáos y tomad en seguida el camino de Hungría. Pero, esperad. Para el caso de que no pudierais partir en seguida, os daré, para ayudaros en vuestros estudios, un librito compuesto por el maestro Klingsohr. Contiene, no solamente las verdaderas reglas del arte, sino que, también, algunas excelentes canciones del maestro.

Diciendo estas palabras el desconocido sacó de su bolsillo un librito cuyas tapas eran de color rojo vivo. Lo entregó a Enrique y desapareció en la espesura.

Ofterdingen se durmió y al despertar observó que el sol estaba ya muy alto en el cielo. Y si sobre sus rodillas no hubiese visto el libro rojo tomara por un sueño todos los sucesos de la noche.

CAPÍTULO IV

LA CONDESA MATILDE

Wolfframb de Eschenbach, volvió un día a Eisenach a visitar a Enrique de Ofterdingen, pero no pudo encontrarlo porque había desaparecido. Muy triste por este acontecimiento inesperado, Wolfframb regresó a la corte del landgrave de Turingia dando cuenta de lo ocurrido, y tanto el noble señor como los maestros cantores, y hasta la misma condesa Matilde, sintieron gran pena por la desaparición de Enrique de Ofterdingen.

Un día de primavera en el jardín del castillo se habían reunido los maestros par cantar alegremente los hermosos días y las flores. La corte entera estaba sentada a su alrededor y Wolfframb iba empezar uno de sus cantos, cuando surgió un joven de entre los árboles llevando un laúd. Todos los que estaban allí reco-

nocieron a Enrique de Ofterdingen a quién creyeron perdido. Todos se dirigieron a él y le prodigaron afectuosas palabras, pero el recién llegado sin fijar casi la atención en aquellos testimonios de amistad, se acercó al landgrave e inclinándose respetuosamente ante él y ante la condesa Matilde, dijo que estaba completamente curado de la desagradable enfermedad que lo atacara y que rogaba que se le concediera el permiso de cantar, aunque, por motivos particulares, no debiera pretender ya el honor de ser contado entre los maestros.

El landgrave le contestó que su ausencia no lo privaba del derecho de figurar entre los maestros y que no comprendía cómo podía considerarse extraño a ellos. Luego lo abrazó y le designó el sitio que antes ocupara entre sus compañeros.

Todos observaron que estaba muy cambiado, pues en vez de ser, como antes, un joven tímido y soñador, tenía la frente levantada y miraba orgullosamente a todos. De vez en cuando una sonrisa maligna crispaba sus labios y mientras cantaban sus compañeros,

miraba las nubes, bostezaba y daba toda clase de señales de aburrimiento y cansancio.

Wolfframb de Eschembach entonó un canto en honor del landgrave y refiriéndose al regreso de aquel amigo a quién creyeran perdido, pronunció algunos versos llenos de sentimiento que conmovieron a toda la reunión. Enrique frunció las cejas y luego, poniéndose en medio del círculo, empezó un canto tan diferente de los demás y tan inaudito que sumió a todos en la mayor sorpresa. Habríase dicho que el poeta, gracias a sus enérgicas palabras, llamaba a las sombrías puertas del imperio misterioso y evocaba los secretos de las mágicas potencias. Cuando hubo terminado su canto se hizo un largo silencio al que sucedieron entusiastas aplausos. La condesa se levantó de su asiento y acercándose a Ofterdingen le puso en la frente la corona destinada al vencedor.

Este se arrodilló y oprimió contra su pecho las manos de la condesa. Una sola persona había permanecido silenciosa, cuando todos dirigían sus alabanzas al joven maestro, era el landgrave. Mientras Ofterdingen cantaba, el

príncipe se ponía cada vez más pensativo y serio y tal conducta ofendió visiblemente a Of-terdingen.

Por la noche Wolfframb fué en busca de su amigo y encontrándolo en una de las avenidas del jardín se apresuró a dirigirle palabras de bienvenida y de felicitación.

—Gracias a Dios—le contestó Ofterdingen—que reconocéis mi superioridad sobre todos vosotros. Perdóname si te digo que encuentro absurdos y fastidiosos todos vuestros cantos.

—Te ciega el orgullo, Enrique—le contestó Wolfframb—y, ya que es preciso, te diré que tu canto me ha hecho creer que no procedía de la simplicidad de un alma humana, sino de algún poder secreto semejante al que ejerce un nigromante con ayuda de sus prácticas mágicas. Hay en tu canto cosas que me producen terrible impresión. Sabes, sin embargo, que yo sigo queriéndote y que, a pesar de ti mismo, estaré dispuesto a salvarte si algún día te veo a punto de caer en un abismo de perdición.

CAPÍTULO V

EL COMBATE DE WARTBURGO

Seducidos, al principio, los maestros por los cantos del orgulloso Enrique, no tardaron en reconocer todo lo que en ellos había de falso brillo, de vacuidad y de impudencia. Tan sólo la condesa Matilde era decidida entusiasta del joven poeta que la había cantado de un modo que todos los maestros declararon hereje e inadmisibile. En poco tiempo la hermosa condesa sufrió un gran cambio. Miraba a los demás maestros con desdeñoso orgullo. Luego quiso tomar lecciones de Enrique y empezó a componer canciones, como las que el solía entonar y poco a poco fué perdiendo una parte de su gracia y de su encanto. Entonces el landgrave, temiendo que las otras damas imitaran el ejemplo de la condesa, prohibió a todas ellas,

bajo pena de destierro, que se dedicasen a componer poesías.

La condesa se marchó de Wartburgo y se retiró a poca distancia de Eisenach, a un castillo donde Enrique la habría seguido, si el landgrave no le hubiese ordenado que se quedara para sostener la lucha a que lo retaban los otros maestros.

—Con vuestra conducta extraña habéis introducido la división en el círculo agradable que yo había reunido aquí. Por otra parte no me gustan vuestras canciones, porque están inspiradas por las misteriosas artes del nigromante, cosa de la que debieráis avergonzaros.

—Ignoro, señor—contestó Enrique—cómo he podido merecer vuestra cólera y vuestros reproches. Sabéis que salí enfermo de vuestra corte. Por casualidad cayó en mis manos un librito, obra de un célebre maestro y, subyugado por su lectura, sentí el deseo irresistible de conocer a su autor y estudiar su arte. Partí hacia Hungría y ahora sabed, noble señor, que visité al maestro Klingsohr en persona y

a él debo el arte atrevido y sobrenatural de mis versos.

—El duque de Austria—contestó el príncipe,—me ha elogiado a menudo a vuestro maestro. Sé que es hombre versado en las ciencias ocultas. Calcula el curso de los astros y reconoce las relaciones misteriosas de sus movimientos con nuestras vidas. Conoce las virtudes secretas de los metales, de las plantas y de las piedras preciosas, y, en una palabra, es un gran sabio. Pero eso concuerda mal con la sencillez del poeta y del cantor, y ahora, Enrique, los maestros, irritados por tu comportamiento desdeñoso, quieren, dentro de algunos días disputarse el premio del canto y se trata de aceptar su desafío.

Empezó la lucha de los poetas y ya fuese por las falsas lecciones recibidas o bien a causa del entusiasmo mayor de sus rivales, el caso es que Enrique fué vencido. Entonces, irritado, entonó un canto irónico con respecto al landgrave y a las damas de la corte, alabando, en cambio, la belleza y las gracias de la condesa Matilde. Irritáronse todos y como Enrique viese en peli-

gro su vida, furioso y desesperado rogó al noble landgrave que protegiera su vida y que permitiera ser juez en la próxima lucha al mismo maestro Klingsohr, el más célebre cantor de la época.

—Han llegado las cosas a tal punto—contestó el landgrave—que ya no se trata de vencer en un concurso de canto. Me habéis insultado en vuestros versos, atentando, también, contra el honor de las damas de la corte. Del nuevo concurso que reclamáis depende, no solamente vuestra reputación, sino que, también, mi honor y el de las damas. Pero consiento en que se celebre y en que sea juez el maestro Klingsohr. Uno de los cantores, designado por la suerte, será vuestro competidor y vos mismo elegiréis el tema poético que más os guste. Pero el verdugo, espada en mano, asistirá al torneo poético y el vencido será condenado a muerte. Ahora id en busca de Klingsohr y haced que llegue en el espacio de un año para ser árbitro de esta lucha de vida y muerte.

Enrique se retiró y durante algún tiempo reinó la tranquilidad en Wartburgo.

CAPÍTULO VI

EL MAESTRO KLINGSOHR

LLEGA A EISENACH

Había transcurrido casi un año entero cuando se supo en Wartburgo la llegada a Eisenach del maestro Klingsohr y que se aposentaba en casa de un burgués llamado Helgrefe. Los maestros cantores se regocijaron por la proximidad de la lucha contra Enrique de Ofterdingen. En cuanto a Wolfframb estaba más impaciente que nadie por ver a Klingsohr y, deseoso de conocer su ciencia, se dirigió a Eisenach.

Al llegar ante la casa en que se aposentaba Klingsohr halló muchos alumnos de canto congregados en torno de la puerta y hablando del famoso maestro. Wolfframb entró, no sin dificultad, y se hizo anunciar.

Le abrió la puerta un lacayo elegantemente vestido y al penetrar en la estancia vió un hombre de elevada estatura, vestido con un cafán de terciopelo carmesí, de largas mangas y adornado con pieles de marta. Aquel hombre tenía aspecto majestuoso y sus ojos parecían lanzar rayos. La habitación estaba llena de libros y de instrumentos de toda clase y Wolfframb descubrió en un rincón un hombrecillo pálido, anciano de tres pies de estatura, sentado ante un pupitre y que escribía con una pluma de plata y en una gran hoja de pergamino todo lo que le dictaba Klingsohr.

Pocos momentos después la severa mirada del maestro se fijó en Wolfframb, el cual le dirigió una salutación cortés en verso; le dijo que deseaba gozar de las bellezas de su arte y le rogó que contestara también en verso. El maestro lo miró irritado de pies a cabeza y le contestó:

—¿Quién sois, joven, para atreveros a interrumpirme con vuestros absurdos versos y provocarme como si se tratara de una lucha poética? ¡ Ah, sin duda sois Wolfframb de Es-

chenbach, el más ignorante de los alumnos que en Wartburgo se califican a sí mismos de maestros !

Wolfframb se contuvo a duras penas y contestó :

—No está bien en vos, maestro Klingsohr, contestar de ese modo a la salutación que os he dirigido. Ahora comprendo que será verdad vuestro convenio con los espíritus infernales porque sois orgulloso como ellos.

—¡ Oh !—exclamó Klingsohr—no habléis de mis relaciones con los espíritus misteriosos, porque no sabéis nada de eso. Pero, en fin, ya que lo queréis, acepto el desafío. Cantaremos, pero esta habitación no conviene a tal ejercicio y, por otra parte, quiero que bebáis conmigo un vaso de buen vino.

En aquel momento el hombrecillo que escribía saltó al suelo desde su alta silla y con tal rudeza que dió un gemido. Klingsohr, volviéndose, empujó al enano al interior de un armario y lo encerró con llave. Luego empezó a cerrar los libros diseminados a su alrededor y cada vez que la tapa caía sobre las hojas de

pergamino, se oía en la habitación un lúgubre sonido, semejante al suspiro de un moribundo. Klingsohr tomó en seguida maravillosas plantas parecidas a extrañas criaturas, y cuyas ramas y filamentos se agitaban como si fuesen brazos y piernas. Mientras tanto resonaba en los armarios indefinible rumor y un pájaro muy grande revoloteaba por la estancia agitando sus alas doradas. Había llegado la noche y Wolfframb empezó a sentir miedo. Klingsohr sacó de una caja una piedra que esparció por la habitación una claridad parecida a la del sol. Renació la calma y Wolfframb ya no vió ni oyó nada más de lo que le había asustado.

Entraron dos criados trayendo un traje magnífico que vistieron a su amo y luego éste y Wolfframb se fueron a la taberna.

Habían bebido ya algunos vasos de vino, brindando por su amistad y reconciliación y luego entonaron algunas canciones. Nadie estaba allá para ser juez en aquel torneo, pero todos habrían dado la palma a Wolfframb y hasta el mismo Klingsohr confesó que había sido vencido.



Una piedra que esparció por la habitación una claridad parecida al sol...

—Sin embargo—añadió el maestro —aunque me hayáis vencido hoy veremos lo que ocurre mañana. Por la noche os enviaré un cantor llamado Nasias. Luchad también contra él y cuidad de que no os venza.

Dichas estas palabras Klingsohr salió de la taberna.

CAPÍTULO VII

LLEGADA DE NASIAS

Aun cuando los dos maestros se figuraban que nadie había oído el canto y sus palabras, no fué así, porque los admiradores de ambos fueron testigos de lo ocurrido. A todos les parecía imposible que Klingsohr se hubiese declarado vencido y algunos amigos de Wolfram le aconsejaban que abandonase la lucha del siguiente día porque, sin duda alguna, aquel Nasias anunciado sería el diablo en persona. Pero Wolfram no hizo caso alguno de semejantes recomendaciones y esperó tranquilamente la noche en la habitación de la casa de un amigo suyo que le había dado albergue.

Llegó la noche decisiva y todo estaba tranquilo. Subían y bajaban las pesas del reloj y por fin sonó la media noche. Un golpe de viento entró en la casa, discordantes voces dejaron

oir un gemido y fúnebres gritos parecidos a los de las aves nocturnas se oyeron. Wolfframb había olvidado casi la visita anunciada y al oír aquellos ruidos se estremeció un momento, pero luego recobró la tranquilidad. Abrióse la puerta violentamente, también a impulsos del viento, y apareció en la habitación un hombre alto, rodeado de un vapor rojizo y que miró a Wolfframb con brillantes ojos. Tal aparición era espantosa, hasta el punto de que otro hombre cualquiera, al verla, se hubiese caído de espaldas. Pero Wolfframb se mantuvo firme y con voz entera, exclamó:

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Soy Nasias—contestó el desconocido— y vengo a luchar con vos en el arte del canto.

Diciendo estas palabras Nasias abrió su inmensa capa y Wolfframb observó que llevaba bajo el brazo muchos libros que dejó caer sobre la mesa.

Nasias empezó a cantar entonces a los siete planetas y a la música de las esferas celestes, intercalando en su canto modulaciones singulares y muy hábiles. Wolfframb, sentado

en su gran sillón, lo escuchaba con los ojos bajos, y cuando terminó, él empezó a cantar algunos versos nobles, piadosos y consagrados a las cosas santas. Nasias saltaba de un lado para otro y parecía querer arrojar a la cabeza del cantor todos los pesados libros que llevara consigo ; y a medida que el canto de Wolfframb ganaba en viveza y energía se debilitaba el brillo de la mirada de Nasias. Al mismo tiempo su estatura disminuía tanto que, por último, se redujo a dos pies de altura ; entonces Wolfframb se levantó y en nombre de Jesucristo y de los santos ordenó al espíritu maligno que se alejara.

—No eres más que un alumno ignorante— gritó Nasias con ronca voz y dando saltos de uno a otro lado.

Luego mugió como una racha de viento y desapareció dejando en la habitación insoponible olor de azufre.

Wolfframb, muy satisfecho de la victoria lograda, abrió la ventana y la brisa matutina que entró en la estancia borró las huellas del demonio.

Por la tarde Wolfframb se marchó y cuando se dirigía al castillo encontró por el camino a dos nobles, ricamente vestidos y muy bien montados, a la cabeza de numeroso cortejo. Dijeron que el landgrave los mandaba a la ciudad de Eisenach en busca del maestro Klingsohr para llevarlo a Wartburgo. Este había pasado la noche en el balcón de su casa observando atentamente las estrellas. Y cuando hubo trazado sus líneas astrológicas, dos alumnos suyos, que en aquel momento estaban a su lado, creyeron observar en su mirada y en su rostro que acababa de descubrir un secreto importante y se atrevieron a interrogarle. Entonces Klingsohr se levantó y les dijo con solemne acento :

—Sabed que esta noche ha nacido una hija de Andrés H, rey de Hungría ; se llamará Isabel, y será un día canonizada, a causa de sus virtudes y de su piedad, por el papa Gregorio IX. Y esta santa Isabel está destinada a casarse con Luís, hijo de vuestro landgrave Hermann.

Tal profecía fué referida inmediatamente al landgrave, que la recibió con júbilo y a causa

de ella cambió sus disposiciones hacia el célebre extranjero, pues resolvió tratarlo como un gran señor y hacerlo escoltar como un príncipe a su llegada al castillo de Wartburgo.

Wolfframb creía que la peligrosa lucha no tendría lugar porque Enrique de Ofterdingen no se había presentado aún; los caballeros anunciaban, por el contrario, que el landgrave estaba ya informado de la llegada del joven maestro. Preparóse la parte interior del castillo para el combate y fué llamado el verdugo Stempell de Eisenach.

CAPÍTULO VIII

EL MAESTRO KLINGSOHR
SALE DEL CASTILLO DE WARTBURGO

El landgrave Hermann y el maestro Klingsohr hablaban amistosamente en una de las salas del castillo. Klingsohr afirmaba que observó perfectamente la constelación de la noche anterior que anunciaba el nacimiento de Isabel y aconsejaba al landgrave que enviase inmediatamente al rey de Hungría una embajada con objeto de pedir la mano de la princesa recién nacida para el príncipe Luís, que entonces tenía once años. Tal consejo plugo al landgrave, que empezó a alabar la ciencia del maestro, y éste le habló en términos tan científicos de la naturaleza, que el landgrave se quedó admirado y lo incitó a que, abandonando el lugar donde vivía, se quedase en su corte, donde sería honrado según sus merecimientos.

El maestro, aunque agradeció la oferta, no la aceptó pues, según dijo, estaba muy reconocido al rey Andrés de Hungría y, además, no tenía la seguridad de llevarse bien con los maestros cantores.

Fueron inútiles las súplicas del landgrave porque Klingsohr persistió en su resolución y abandonó el castillo, colmado de ricos presentes.

Llegó el día de la lucha solemne. En el patio interior del castillo se había construído un anfiteatro, como para un torneo. En medio del recinto había dos sitios tapizados de negro para los cantores que tomaban parte en el concurso y detrás de aquellos asientos estaba el catafalco. El landgrave escogió como jueces del canto a dos señores de la corte muy experimentados y para estos y para él se había construído frente al lugar destinado a los cantores una tribuna ricamente adornada, a la que se unían las gradas ocupadas por las damas y los restantes espectadores.

Inmensa multitud llenaba el patio, se mostraba en todas las ventanas y hasta sobre los

techos. Al son de trompetas y címbalos, avanzó el landgrave con los dos jueces y se dirigió a su tribuna. Los maestros, andando con majestuoso paso, y precedidos por Walter de Vogelweid fueron a ocupar sus sitios y sobre el catafalco estaba el verdugo Stempell con sus dos ayudantes. Iba vestido de rojo y se envolvía en una inmensa capa del mismo color, bajo cuyos pliegues se veía brillar la empuñadura de una enorme espada. El padre Leonardo, confesor del landgrave, se situó junto al catafalco para asistir en sus últimos momentos al que allí debiera perecer. Profundo silencio reinaba en aquella multitud que con cierto miedo esperaba lo que iba a ocurrir. El mariscal del landgrave se adelantó hasta el centro del recinto, proclamó en alta voz los motivos de la lucha y la orden del landgrave Hermann que entregaba al verdugo al cantor que saliera derrotado.

Levantó el crucifijo el padre Leonardo, y todos los maestros cantores, de rodillas y con la cabeza descubierta, juraron someterse plenamente a la voluntad de su señor. El verdugo

blandió entonces tres veces su larga espada y con amenazadora voz exclamó que ejecutaría lo mejor que pudiera al que resultara condeñado. Resonaron las trompetas y entonces el mariscal llamó tres veces a Enrique de Ofterdingen.

De pronto Enrique, a quien nadie había visto venir, se encontró en el recinto, al lado del mariscal. Se inclinó ante el landgrave y con voz firme dijo que había venido para luchar con el maestro que le indicaran y aceptar la decisión de los jueces. Entonces el mariscal se acercó a los maestros llevando una urna de plata, de la que cada uno de ellos debía sacar un billete. Y al desenrollar el suyo Wolfframb halló en él el signo indicador de que debía luchar contra Enrique. De pronto se estremeció, pero luego se dijo que, sin duda, el cielo lo escogía como campeón. Se levantó alegremente y al hallarse frente a su amigo, experimentó doloroso sentimiento, viendo en su pálido rostro y en sus brillantes ojos una expresión que le recordó a Nasias.

Enrique empezó a cantar y Wolfframb se

asustó al reconocer las palabras y el canto de Nasias. Reunió sus fuerzas y contestó a su adversario con un magnífico canto que excitó las aclamaciones de la multitud. Por orden del landgrave, Enrique cantó de nuevo y lo hizo de un modo tan admirable, celebrando las voluptuosidades de la vida, que todos cuantos lo escuchaban se sintieron como embriagados por el aroma de las flores del sur. El mismo Wolfframb se sentía sumido en maravilloso encanto y no podía recordar sus versos. En aquel momento se oyeron rumores en la entrada del círculo de espectadores y estos se apartaron. Wolfframb, arrancado bruscamente a su ensueño, divisó a la condesa Matilde, en toda su belleza, tal como la viera el primer día en los jardines del castillo. La joven le dirigió una mirada amorosa y Wolfframb, penetrado de alegría y de entusiasmo, empezó a cantar describiendo la felicidad y la dicha que experimentara luchando contra el espíritu malo. El pueblo lo proclamó, con el mayor entusiasmo, vencedor del concurso y el landgrave y los jueces se levantaron cuando resonaban

las trompetas y el mariscal ceñía la corona en las sienes del vencedor.

El verdugo Stempell se preparó a ejercer su terrible ministerio, pero cuando sus ayudantes quisieron apoderarse de Enrique, éste se convirtió en una espesa nube negra que desapareció silbando en la atmósfera.

Todos, al ver aquel prodigio, se retiraron pálidos y consternados. Se hablaba de aquel extraño suceso que cada cual juzgaba a su modo y cuando ya el asombro se hubo calmado un tanto, el landgrave reunió a los maestros y les dijo :

—Ahora comprendo por qué Klingsohr no quiso ser juez en esta lucha. Ya sea Enrique de Ofterdingen el que acaba de cantar o algún demonio enviado en su lugar, poco nos importa, porque la lucha ha terminado en honor vuestro. En adelante, mis queridos maestros, honremos y sostengamos el arte del canto.

Algunos criados del landgrave que habían estado vigilando en la puerta del castillo afirmaron que en el momento en que Wolfframb venció a Enrique, vieron un per-



Enrique se convirtió en una espesa nube negra...

sonaje parecido al maestro Klingsohr que se alejaba del castillo montado en un caballo negro, lleno de espuma.

CAPÍTULO IX

CONCLUSIÓN

La condesa Matilde entró en los jardines del castillo y allí la siguió Wolfframb. La hermosa joven, al ver al maestro cantor, le tendió las manos en señal de agradecimiento y le dijo :

—¡ Oh, gracias, muchas gracias ! Me habéis salvado de los lazos del demonio.

—¿ Yo ?—preguntó asombrado Wolfframb.

—Sí, mi querido maestro. Una noche, cuando me sentía aún sujeta a la influencia de Enrique de Ofterdingen, quise componer un canto y pronto observé con terror que las palabras y la música eran sumamente raras, discordantes, como inspiradas por alguna potencia infernal. De pronto ante mí surgió una terrible figura y cogiéndome con sus ardientes manos, quiso arrojarme a un abismo que se abrió ante mí.

En aquel preciso momento se oyó un canto dulcísimo, cuyos sonidos armoniosos eran suaves como los rayos de las estrellas. La figura enemiga, reducida a la impotencia, se alejó de mí, pero llevándose el pergamino en que yo había escrito y dando un aullido se arrojó al abismo. Aquel canto fué el vuestro, fué el que hizo huir al demonio y el que me salvó. Por eso, mi querido maestro, os soy deudora de algo más que de la vida.

Aquella misma tarde Wolfframb estaba sentado en su estancia, cuando le entregaron una carta de Enrique de Ofterdingen. Este lo saludaba cariñosamente y le anunciaba que su espíritu estaba ya libre de las nieblas infernales que lo habían obscurecido, y después de agradecerle sus bondadosas palabras, le expresaba la confianza de que en breve podría darle mejores nuevas.

Algún tiempo después se supo que Enrique estaba en la corte del duque de Austria y que para este príncipe componía muy hermosos cantos. Todos los maestros se alegraron de saber que Enrique había renunciado a las fal-

sas tentaciones y que a pesar de los esfuerzos del diablo logró recobrar su alma religiosa y pura.

Así fué cómo Wolfframb de Eschenbach obtuvo lo gloria de salvar a su amigo y a su amada del abismo infernal.

LA ELECCIÓN DE UNA NOVIA



LA ELECCIÓN DE UNA NOVIA

CAPÍTULO I

HISTORIA DE AVENTURAS INVERISÍMILES

UNA noche de otoño el secretario de can-
cillería, Tusmann, regresaba de un café,
donde tenía la costumbre de pasar cada no-
che algunas horas, y se volvía a su casa. El
tal secretario era en todo muy puntual y
exacto. Se había acostumbrado a desnudarse
precisamente cuando los relojes de las igle-
sias daban las once, de modo que a la última
campanada se calaba el gorro de dormir. Y
aquella noche, para no retrasarse, aceleraba
su marcha. Pero al llegar a la casa del ayunta-

miento distinguió al pie de la torre una alta figura, rodeada de una capa obscura que levantaba los ojos hácia las ventanas de la torre.

El secretario Tussmann se creyó en el deber de avisar al desconocido de que no vivía nadie en aquella torre, pero éste se volvió a él y le dijo :

—Mi honorable señor Tussmann, secretario privado de cancillería, os engañáis acerca de los motivos de mi presencia aquí. Como hoy es el equinoccio de otoño, quiero ver a la novia que muy pronto se asomará a la ventana.

El honorable secretario de cancillería se asombró al notar que el desconocido le había dado su verdadero nombre y como en aquel momento dieran las once, levantó la cabeza y vió que, efectivamente, aparecía una joven en la ventana de la torre. La figura de la mujer desapareció cuando daba la última campanada. Entonces Tussmann se volvió hácia su compañero mirándolo y esperando la explicación de todo aquélla.

—No entendéis nada, mi querido señor Tussmann,—dijo éste.—Pues sabed que la joven

que aparezca a las once de la noche en esa ventana en la noche del equinoccio de otoño, será la más feliz prometida de Berlín hasta que llegue el equinoccio de la primavera.

—¿Será verdad eso?—exclamó Tussmann.

—Es absolutamente cierto, pero como no hacemos nada aquí plantados, os ruego que me acompañéis a tomar alguna cosita, y de paso os daré más noticias acerca de esa feliz prometida.

El secretario privado era hombre muy metódico, cuya única distracción consistía en ir cada noche dos horas a un café en donde tomaba un vaso de cerveza, leyendo, de paso, los periódicos y por esto la idea de pasar una noche bebiendo le dió miedo, pero, sin embargo, se dejó arrastrar por el desconocido que lo llevó a una taberna de la plaza de Alejandro.

En el establecimiento no había más que un cliente sentado ante una mesa y que se ocupaba en beber un gran vaso de vino del Rin. Era un hombre viejo, de tipo judío y que vestía a la moda antigua. Pero el compa-

ñero de Tusmann era un tipo todavía más raro. Parecía tener cincuenta años y era alto y delgado. Sus ojos eran vivos, la frente despejada y la nariz aguileña. Su jubón y sus calzas eran de la última moda, pero, en cambio, la capa, el gorro y el cuello eran, por lo menos, del siglo XVI.

El viejo que estaba sentado y el compañero de Tusmann se saludaron como antiguos conocidos y los dos recién llegados se sentaron junto al anciano. Bebieron algunos vasos de vino y entonces el compañero de Tusmann, que dijo llamarse Leonardo, rogó al secretario privado de cancillería que le explicase el por qué se había emocionado al ver aparecer en la ventana de la torre la figura de la joven prometida.

—Es muy sencillo, mi querido profesor— dijo el secretario— porque supongo que lo seréis. Es porque pronto me propongo conducir a mi vivienda a una recién casada. Estoy prometido.

—¡ Como ! — exclamó el viejo— ¿ queréis casaros ? Sois ya demasiado viejo y feo.

Tusmann estuvo a punto de enojarse pero Leonardo le dijo :

—No os irritéis contra ese viejo, porque no tiene ninguna mala intención. Por otra parte también yo creo que habéis esperado demasiado para casaros y, además, no conocéis a las mujeres.

—Tengo solamente cuarenta y ocho años —replicó Tusmann— y por otra parte, me habéis juzgado mal si creéis que en tan grave asunto obro a la ligera. Desde que decidí casarme, leo continuamente este librito que da instrucciones acerca de lo que debe hacer el que quiere tomar estado. Y decidme— añadió—¿no creéis que la prometida que se asomó a la torre no era otra que la señorita Albertina Voswinkel?

—¿Qué tenéis que ver con la encantadora Albertina?—preguntó Leonardo.

—¡ Ah !—contestó Tusmann—es, precisamente, la adorable muchacha con la que debo casarme.

—¡ Estáis loco !— contestó Leonardo —
¡ Un viejo como vos casarse con Albertina !

¡No lo intentéis siquiera, porque sería capaz de romperos el cuello!

El consejero privado era hombre de buen carácter, pero al oír aquellas palabras se irritó y contestó con acritud a Leonardo.

—¡Cuidado con lo que se dice!—exclamó Leonardo—porque podemos daros un disgusto.

En el mismo instante el rostro de Leonardo se transformó en una cabeza de zorro y esto asustó tanto al secretario que se cayó de espaldas.

Luego, despavorido, se despidió con temblorosa voz y se marchó de la taberna mientras los dos extraños personajes con quienes había estado se echaban a reír ruidosamente.

CAPITULO II

El joven pintor Edmundo Lehsen había tenido ocasión de ver con frecuencia a la joven Albertina Voswinkel y pareciéndole una muchacha bonita, amable y buena se enamoró de ella, proponiéndose hacerla su esposa.

Un día que estaba pintando en un rincón solitario del parque, se le acercó un desconocido que empezó a mirar su trabajo. Luego le hizo algunas observaciones muy atinadas sobre su obra y animándose la conversación entre los dos, el joven supo que su interlocutor se llamaba Leonardo y pronto advirtió que era un hombre extraño y misterioso. Sin darse él mismo cuenta sentía a cada momento mayor afición por su nuevo amigo y regresaron los dos a la ciudad como si se hubiesen conocido durante toda la vida.

Un día, cuando Edmundo volvía del parque en compañía de Albertina y de su padre, fué

visto por Leonardo, el cual, encontrándolo luego, le dijo que no debía permitirse pensar en una joven que estaba prometida con el secretario privado Tusmann. Al oír tan espantosa noticia Edmundo experimentó violenta desesperación. Leonardo le preguntó en cuanto se hubo calmado si, verdaderamente, quería casarse con la joven y como recibiera respuesta afirmativa le aseguró que emplearía todo su saber y todos sus esfuerzos en ayudarlo a lograr su objeto.

Y ya vimos cómo empezó a maniobrar Leonardo con respeto al secretario privado de cancillería, Tusmann.

CAPITULO III

Este era hombre de corta estatura, calvo y de grotesca figura. Iba vestido a la moda y andaba a saltitos mientras los faldones de su levitón flotaban como si fueran alas. Era, realmente, muy cómico en su aspecto, pero, por lo demás, un buen hombre en toda la extensión de la palabra. Su pasión era la lectura y jamás salía de su casa sin llevar los bolsillos llenos de libros. Todo lo leía y así había llegado a ser una especie de enciclopedia viviente.

El consejero Voswinkel, padre de Albertina, lo quería mucho, y un día se dijo que aquél era el hombre que convenía a su hija. Comunicó a su amigo el proyecto formado y al principio Tussmann se asustó, pero luego aceptó la idea con el mayor gusto y desde entonces se consideró como esposo futuro de Albertina, aunque la joven no sospechaba una palabra de cuanto sucedía.

Al día siguiente de la noche de su aventura frente al ayuntamiento y en la taberna de la plaza de Alejandro, el secretario entró pálido y derrotado en casa de su amigo, el cual, viéndolo llegar tan temprano y observando el estado en que se hallaba, se alarmó preguntándole qué le ocurría.

—Una serie de cosas espantosas—contestó Tusmann sentándose.—Aquí donde me ves no me he acostado en toda la noche.

Entonces empezó a referir lo que ya sabe el lector, añadiendo luego:

—Lo más grave es que al salir de la taberna, la aventura continuó más desgraciada todavía. Al llegar al ayuntamiento vi iluminadas todas las ventanas y oí dentro la música de un baile. Aunque no soy alto alcancé a mirar por una ventana y, puedes figurarte mi sorpresa, cuando vi a la señorita Albertina en traje de boda, bailando alegremente con un joven. Cuando más asombrado estaba se echó sobre mí una especie de fantasma que, al pasar, me quitó las piernas. Yo me caí al suelo, pidiendo socorro, y mientras me abandonaba a la desespe-



...mientras ininidad de fantasmas parecidos a mí...

ración reapareció al fantasma y me tiró las piernas a la cara. Entonces me dirigí a mi casa y cuando me disponía a abrir la puerta, acudió el sereno en quien reconocí a Leonardo. Me asusté, por consiguiente, y él me dijo que no me ocurriría ninguna otra cosa desagradable si renunciaba a casarme con Albertina. Yo protesté, asegurando que no me era posible, y el maldito me dió un violento golpe que me hizo girar sobre mí mismo, y obligado por irresistible poder, empecé a bailar cogido al mango de una escoba que me arañaba el rostro, mientras infinidad de fantasmas, parecidos a mí, bailaban vertiginosamente. Por fin caí desmayado y cuando llegó el día y abrí los ojos, figúrate el terror que debí sentir, viendo que estaba sentado sobre el caballo de la estatua del gran elector, con la cabeza apoyada en su frío pecho de bronce. Felizmente el centinela estaba dormido, de modo que pude bajar sin que me viese, pero no sin correr el peligro de romperme el cuello. Y aquí me tienes todavía asustado de lo sucedido.

El consejero Voswinkel no creyó una pala-

bra de todo aquello y se figuró, sencillamente, que el consejero se había emborrachado y le dirigió un sermón encaminado a recomendarle la continencia.

CAPITULO IV

Por indicación de la joven Albertina, Edmundo ofreció al padre de ésta pintar su retrato, cosa que entusiasmó al anciano, sobre todo al observar que no iba a costarle un solo céntimo. Edmundo reprodujo en la tela las facciones del padre de su amada; luego ésta manifestó el deseo de que el joven pintor la retratase a ella, y no hay que decir con cuánto gusto accedió Edmundo.

Una tarde mientras los dos jóvenes estaban hablando, el secretario Tusman pasaba por delante de la casa del consejero. Detúvose un instante y dirigió una mirada hacia la ventana de su prometida y vió a ésta y a Edmundo que hablaban mirándose tiernamente. En el acto entró en la casa, casi a su pesar, y se dirigió a la habitación de su prometida y abrió la puerta.

Al ver a los dos jóvenes juntos y cogidos de la mano, el digno secretario se quedó de una

pieza. Por un momento no tuvo siquiera fuerzas para hablar, pero luego se dirigió a la joven y le reprochó vivamente lo que estaba haciendo, por ser impropio de una muchacha que ya estaba prometida.

—¿De quién soy prometida?—exclamó Albertina en extremo sorprendida.—¿Con vos acaso?—añadió burlonamente.

—Así es, mi querida señorita— contestó el secretario.

—No hay duda de que ahora salís de la taberna, según acostumbráis—contestó la joven.—Es imposible que mi padre haya pensado siquiera en casarme con un viejo como vos. Ahora idos.

—Os aseguro que digo la verdad—contestó Tusmann— y, por consiguiente, no me iré.

Edmundo, en extremo furioso, oía aquella conversación y no pudiendo contenerse ya por más tiempo, se acercó a Tusman empuñando un pincel impregnado de color verde, le pintó el rostro y luego abriendo la puerta lo echó de un puntapié.

El pobre secretario fué a caer en los bra-

zos de su amigo, el padre de Albertina, y en entrecortadas frases le refirió su aventura.

Inmediatamente el padre se dirigió a la habitación de su hija y sin tener en cuenta la presencia de Edmundo, exclamó:

¿Es verdad lo que acaban de contarme?

¿Así tratas a tu prometido?

—¿Mi prometido?—exclamó Albertina aterrada.

—Tu prometido, sí. No sé por qué te asombra tanto esta noticia. Y sabe que dentro de algunas semanas celebraremos la boda.

La muchacha empezó a llorar, asegurando en entrecortadas palabras que no consentiría nunca en aquella unión y Edmundo se disponía ya a tomar parte en la discusión, cuando, en aquel momento, penetró en la estancia Leonardo y dirigiéndose al joven, le ordenó que no hiciera ni dijera nada. En cuanto al secretario así que vió a aparecer a Leonardo, se escondió detrás del sofá y en voz baja advertía a su amigo que tuviese cuidado, pues aquél era el hombre que se divertiera con él algunas noches antes.

—No os escondáis, Tusmann—exclamó Leonardo—salid y no tengáis miedo. Ya estáis bastante castigado por vuestra locura al pretender casaros con Albertina, porque no podréis quitaros nunca más de la cara ese color verde.

—¡Dios mío!—exclamó el secretario fuera de sí—¿de modo que no podré quitarme ese maldito color? ¿Qué dirá el mundo? ¿Qué dirá su excelencia, el ministro? ¿No se figurará que me he pintado así por vanidad? ¡Soy un hombre arruinado porque el Estado no conservará un secretario con la cara verde! ¡Oh, desgraciado de mí!

—Vamos, no os desesperéis—contestó Leonardo—porque todavía hay remedio si queréis renunciar a la loca idea de casaros con Albertina.

—¡No puede ser, es imposible!—exclamaron, a la vez el secretario y el padre de la joven.

En cuanto a ésta, abrumada de dolor, se había desplomado en un sillón y aprovechando la preocupación de Tusmann y del conse-

jero Voswinkel, Leonardo tomó del brazo a Edmundo y se marchó con él.

CAPÍTULO V

El consejero escribió a Edmundo una carta en la que derramó toda la cólera que sentía y le prohibió, al mismo tiempo, para siempre más, la entrada en la casa.

El joven pintor, al recibirla, se quedó anorado, pero cuando más triste estaba entró, sin ser oído, el misterioso Leonardo, que le preguntó por la causa de su tristeza. El joven le mostró la carta, manifestando su arrepentimiento de haber recurrido a las artes mágicas de su amigo, pues gracias a todo ello había empeorado la situación en vez de mejorar, pero Leonardo lo tranquilizó asegurándole que dentro de muy pocos días el consejero Voswinkel le concedería la mano de su hija.

Después de haber tranquilizado al joven salió Leonardo de la casa apresuradamente y se encaminó al parque de la ciudad.

En uno de sus rincones estaba sentado el secretario de la cancillería contando las penas de su corazón a las brisas infieles del otoño.

—¡ Oh, Dios mío !—exclamaba—¡ qué desgraciado soy ! Desde que pensé casarme con la amable Albertina las desgracias caen innumerables sobre mí. ¿ Qué puedo hacer ahora con el rostro pintado de verde ? Había abrigado la esperanza de que mi amigo Streccius, que es gran químico, pudiera hacer desaparecer la mancha, pero todos sus esfuerzos han sido inútiles, y cuanto más me lavo en agua más fuerte se me pone la pintura y ya no me queda más remedio que arrojarme al estanque.

El pobre Tusmann tenía razón de quejarse así. De día no se atrevía a salir más que hundiéndose el sombrero hasta las orejas ocultándose el rostro con el pañuelo y por las noches atravesaba a galope las calles por temor de las burlas de los muchachos o a encontrar algún empleado de su oficina, a la que no asistía pretextando que estaba enfermo.

El pobre secretario se puso en pie y se disponía ya a arrojarse al agua, cuando una mano

lo cogió por el brazo y le impidió moverse. Volvióse en seguida y con extraordinario terror descubrió a Leonardo, el cual, con la mayor amabilidad, le dijo :

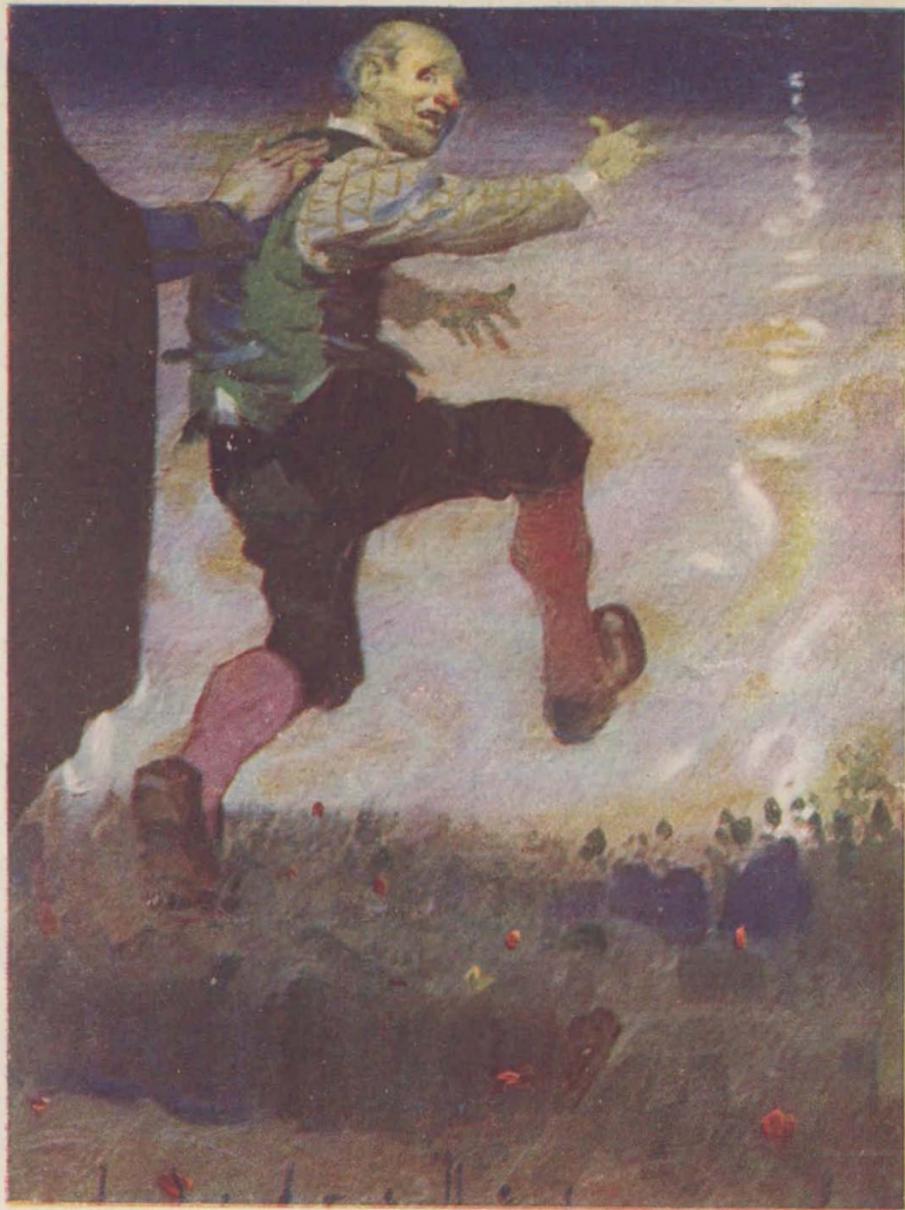
—No hagáis una tontería más, mi querido secretario:

—¿Otra vez vos? ¡No queréis dejarme morir en paz?

Leonardo se llevó al secretario consigo a pesar de su resistencia y poco después, con la excusa de que tenía la cara mojada, le pasó un pañuelo por ella e inmediatamente desapareció el color verde que hasta entonces la tiñera.

El secretario, que no se había dado cuenta de ello, se resistía a ir por las calles concurridas, pero su compañero lo puso ante un espejo y entonces el pobre hombre observó, maravillado, que su rostro había recobrado el color natural.

—¡ Oh, qué feliz soy !—exclamó.—Sin duda alguna ya no me rechazará ahora la señorita Albertina. Y como vos sois quien me ha librado de aquella terrible pintura, permitid



Y con extraordinario terror descubrió a Leonardo...

que os exprese mi reconocimiento. Sois mi salvador y bienhechor.

—Efectivamente, yo os he librado del color verde—contestó Leonardo—Pero os aconsejo que renunciéis para siempre a la señorita Albertina. Por lo menos guardáos de intentar verla porque, de lo contrario, os haré bailar de tal modo, que ós volveréis loco o bien os convertiré en rana y os arrojaré al estanque. Ahora os dejo, porque tengo que hacer algo urgente.

Leonardo se marchó rápidamente y poco después entró como un espectro en la habitación del consejero, a quien dió las buenas noches.

El padre de Albertina lo recibió gruñendo y hasta le indicó la conveniencia de que se marchase cuanto antes.

—He aquí cómo son los hombres—exclamó Leonardo.—Sois mi amigo, os amenaza un gran peligro y cuando vengo a daros un consejo os negáis a escucharme.

—¡Dios mío!—exclamó el consejero—

¿venís, acaso, a anunciarme la quiebra de mis banqueros?

—No se trata de eso—contestó Leonardo.
—Decidme ¿queréis dar a Edmundo la mano de Albertina?

—¿Volvéis a lo mismo? ¿Os figuráis que voy a dar mi hija a un miserable pintamonas?

—Recordad que os retrató a vos y a vuestra hija.

—Sí, es cierto, pero no quiero vender a mi hija a cambio de dos cuadros. Se los he devuelto.

—Os advierto que Edmundo va a vengarse.

—¿Cómo?

—Pues, muy fácilmente; retocará vuestro retrato, ridiculizándolo, y luego lo expondrá al público.

—Y yo me quejaré a la justicia.

—Sí, pero, entretanto, ya lo habrá visto todo el mundo.

—Vamos a ver—dijo el consejero—os ruego que vayáis a visitarlo y le ofrezcáis cincuenta o cien escudos para que me devuelva el retrato.

—Sin duda olvidáis—replicó Leonardo— que Edmundo no necesita dinero, porque sus padres son ricos. Le dejarán, por lo menos, unos ochenta mil escudos.

—¡Cómo!—exclamó el consejero estupefacto—¿ochenta mil? Escuchad, señor Leonardo, me parece que mi Albertina está muy enamorada de este muchacho y yo soy un buen padre que no sé resistir a las lágrimas ni a los ruegos. Por otra parte, soy entusiasta del arte y ese Edmundo tiene buenas cualidades. En fin, para que no me digan que soy un tirano, daré mi hija a ese muchacho.

—Pero sin duda no os acordáis de la promesa que hicistéis al secretario Tusmann.

—¡Dios mío, es verdad! Y no puedo faltar a mi palabra. Pero Albertina se negará a casarse con el pobre Tusmann. Aconsejadme ¿qué debo hacer?

—Verdaderamente os habéis metido en un mal paso, mi querido señor Voswinkel. Pero, en fin, si me dáis palabra de que os conformaréis enteramente con lo que yo hago...

—Disponed de mí. Salvadme de este compromiso.

—Perfectamente — contestó Leonardo,— disponedlo todo para la boda de vuestra hija y yo me encargo de vuestro amigo Tusmann. Os aseguro que le haré desistir de la proyectada boda.

Leonardo fué a comunicar a Edmundo y a Albertina el estado de sus asuntos y creemos inútil decir que ambos lo colmaron de bendiciones y le expresaron con lágrimas en los ojos el profundo agradecimiento que sentían. Leonardo evitó lo mejor que supo aquellas muestras de gratitud y los abandonó para ir en busca del secretario privado de cancillería, Tusmann.

—Mi querido señor Tusmann—le dijo— ya habéis visto lo peligroso que sería para vos continuar pretendiendo la mano de la señorita Albertina. Os aseguro que si persistiérais en esta idea, os arrepentiríais pronto.

—Pero, señor profesor—dijo Tusmann asustado—¿es posible que yo pueda renun-

ciar de esta manera a una ilusión de muchos años y a la felicidad que me aguardaba?

—Así tendréis que hacerlo—le contestó Leonardo,—porque, además, sabed que Albertina no os ama y antes se dejará morir que casarse con vos. Y para que veáis que yo os ofrezco una compensación muy agradable, buscad en vuestro bolsillo derecho.

Tusmann llevó la mano a donde le indicaba sacó un libro de pequeño tamaño, cuyas hojas estaban en blanco.

—¿Esta es la compensación que me ofrecéis?—exclamó desilusionado.

—Meted nuevamente este libro en el bolsillo—dijo Leonardo—, y pensad qué libro quisiérais tener en este momento.

—¡Dios mío!—exclamó el secretario—eché el estaque, en un raptó de locura, el tratado de Política de Tomasius.

—Está en vuestro bolsillo—dijo Leonardo—miradlo.

Tusmann metió nuevamente la mano en el bolsillo y vió que en efecto, allí estaba el libro que había deseado.

—Sabed ahora—le dijo Leonardo—que poseyendo este librito gozáis de la biblioteca más rica y más completa del mundo, porque en cuanto deseéis un libro cualquiera, no tenéis más que meter éste en vuestro bolsillo, pensar en el título del que queréis leer y en seguida dispondréis de él.

El digno secretario privado de cancillería dió un grito de júbilo y a partir de aquel momento ya no se ocupó más de Leonardo ni se fijó siquiera en que se marchaba. Tenía en sus manos un tesoro para él portentoso y nada del mundo le importaba ya.

FIN



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCIÓN ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|------------------------------------|---|
| Guillermo Tell. | Don Quijote de la Mancha.
(2 tomos). |
| Historias de Shakespeare. | Historias de Chaucer. |
| Los Héroes. | Cántico de Navidad. |
| La Divina Comedia. | Yvanhoe. |
| Historias de Hans Andersen. | Los Caballeros de la tabla redonda. |
| Historias de Wagner. | Cuentos de la Alhambra. |
| Viajes de Gulliver. | La Infantina de Francia. |
| La Cabaña del tío Tomás. | El Paraíso perdido. |
| Cuentos de Grimm. | Los Lusiadas. |
| Robinson Crusoe. | La Gitanilla de Cervantes. |
| La Ilíada. | El lazarillo de Tormes. |
| Historias de Calderón de la Barca. | Hazañas del Cid. |
| La Odisea. | Historias de Lope de Vega. |
| Más historias de Shakespeare. | Fábulas de Esopo. |
| | La canción de Rolando. |

